

A

Sartre

Pizorno

Hernández

C

Shua

U

Montes

Lima

Kosel

M

**HANS CHRISTIAN ANDERSEN,
EL QUE SE INVENTÓ LA VIDA**

B

**VENTURAS Y DESVENTURAS DEL CANON
LITERARIO EN LA ESCUELA**

Salzano

M

CUENTOS Y LEYENDAS DE LOS INDIOS

Goytisolo

**LOS CAMINOS
DEL CUENTO
POPULAR**

Pérez Aguilar

Gelman

Cabal

Giannuzzi

B

**EL FOLKLORE
OBSCENO DE
LOS NIÑOS (II)**

La Mancha

Papeles de literatura infantil
y juvenil

noviembre 1997

5





SUMARIO

Consejo de Dirección:

Graciela Cabal
Laura Devetach
Graciela Montes
Graciela Pérez Aguilar
Gustavo Roldán
Silvia Schujer
Ema Wolf

Colaboran en este número:

Bianca Pitzorno
Claudia López
Ana María Shua
Carina Kosel
Peni
Juan Manuel Lima
Gustavo Roldán (h)
Sandra Comino
Sendra
Nora Hilb
Sartre
de Beauvoir
Juan Gelman
Joaquín Giannuzzi
Miguel Hernández
José A. Goytisolo
Daniel Salzano

Editor Propietario:

Eric Domergue

Composición: Dana Produc. Gráficas

Impreso en: Agencia Periodística CID,
Diario del Viajero®
Av. de Mayo 666 - Buenos Aires
Tel.: 343-0886/2814 • Fax: 342-4852

Distribuye: Centro de Publicaciones
Educativas y Material Didáctico SRL
Av. Corrientes 4345, Capital Federal
Tel.: 867-2020

Revista cuatrimestral
Buenos Aires - Argentina
Registro de Propiedad Intelectual N° 690882
Derechos reservados.

Las notas firmadas no reflejan
necesariamente la opinión de los editores.
Pueden reproducirse citando la fuente.

La Mancha

México 976, depto. 8
(1097) Capital Federal
República Argentina

Precio: 7 pesos.

EDITORIAL

Página

3

“Canto el epos de mi pueblo”, *Bianca Pitzorno*

4

CONVENTILLO

8

LA INICIACION

Jean-Paul Sartre: “Yo pregunté, incrédulo:

¿Están ahí dentro las hadas?”

10

Simone de Beauvoir: “Pero hubo un libro en que creí
reconocer mi rostro y mi destino...”

11

FIGURAS

Hans Christian Andersen, el que se inventó la vida

12

Ni en cementerios ni en museos. Venturas y desventuras
del canon literario en la escuela, *Claudia López*

16

FICCIONES:

La campanita de plata

19

Bestiario / Flora, de *Edward Lear*

20

Recetario insensato

21

Los poetas a sus hijos, *Joaquín O. Giannuzzi, Miguel Hernández,*

José A. Goytisolo, Juan Gelman, Daniel Salzano

22

El libro más maravilloso del mundo, de *Graciela Pérez Aguilar*

24

El arquitecto, de *Chaval*

26

TEMAS

Tobas, maticos, guaraníes. Cuentos y leyendas de
los indios, *Gustavo Roldán*

27

Los caminos del cuento popular, *Ana María Shua*

34

El folklore obscuro de los niños (II), por *Graciela Cabal*

36

Ecos de la “Robin Hood”, *Silvia Schujer*

40

BIBLIOGRAFICAS

41

Libros con ruidos, pelos y patas, *Carina Kosel*

42

Tapa e ilustración de contratapa: Juan Manuel Lima



Dos encuentros sobre literatura infantil. Uno en Córdoba y otro en Bogotá. De ellos extrajimos los siguientes fragmentos representativos de las preocupaciones que alimentan la reflexión actual sobre la literatura para chicos.

“Lo que fijemos como objetivos, está ineludiblemente ligado a la concepción que tenemos de la propia existencia. Los programas y acciones que encaremos desde nuestras instituciones, tienen que ver con lo que creemos será nuestro legado y queremos como lugar en el mundo. Cada decisión implica apostar a ciertos principios y sus derivaciones. A veces es duro optar; sobre todo cuando sabemos que es tan importante conectarnos a Internet, como hacer kilómetros con una valija de libros para una comunidad rural.”

(Palabras de apertura de Cecilia Bettolli en el Vº Congreso Internacional de Literatura Infantil y Juvenil, Villa Giardino, Córdoba).

“Vivimos una realidad condicionada por un modelo económico que excluye a la mayoría de las personas. Un modelo que nos hace creer que cada uno es el responsable de lo que nos acontece... Pensar en la lectura de literatura fuera de este marco es difícil, porque la apuesta en este momento no es a la reflexión ni al cuidado de la educación para formar lectores despiertos... La escuela suele ser el lugar donde mejor se arman las negociaciones, a veces a espaldas de los actores principales. Es el terreno donde convergen los aciertos y los engaños. Donde algunos docentes pueden desbaratar ciertas trampas, pero también donde se legitiman los equívocos.”

(Fragmentos de la ponencia de Elisa Boland en el IIº Seminario de Literatura Infantil y Juvenil del Encuentro de Secciones Latinoamericanas de IBBY, Bogotá).

“Canto el epos de mi pueblo”

Qué es la literatura para la infancia, cuáles son sus estereotipos, qué la diferencia de la literatura para adultos, cómo se instala el escritor frente a lectores de corta edad y qué demandas le formula la crítica, son algunos de los

interrogantes que aparecen en el reciente libro *Storie delle mie storie* (“Historia de mis historias”) de la italiana Bianca Pitzorno.

Nacida en Sassari en 1942 –hoy vive y trabaja en Milán–, es la figura actual más reconocida en el exigente territorio que dejara vacante su

compatriota piemontés Gianni Rodari (1920-1980). Ha escrito más de treinta libros para chicos y jóvenes. Títulos como “La niña y el halcón”, “La increíble historia de Lavinia”, “La muñeca del alquimista” y “Siete Robinsones en una isla chiflada” agotaron varias ediciones en su país.

Storie delle mie storie –del cual no ha llegado a nosotros traducción al castellano– no es un ensayo ni un libro técnico sino un conjunto de reflexiones apoyadas en su experiencia como narradora; los comentarios de alguien que razona desde dos puestos de observación inmejorables: el trabajo cotidiano de la escritura y la condición de niña lectora –que fue– apasionada y omnívora.

Del libro de Pitzorno reproducimos un fragmento del primer capítulo donde comenta la finalidad educativa que tradicionalmente se le adjudicó en Italia al libro para chicos, y un par de opiniones acerca del dibujo naïf y de la “condición social” de los autores para la infancia. Coincidamos o no, son temas que nos resultan por demás familiares.

por Bianca Pitzorno

Uno de los prejuicios todavía visibles es que el libro para niños debe, de algún modo, ser edificante, contener una moral, aleccionar a propósito de un aspecto de la vida sobre el cual los pequeños lectores no saben lo suficiente.

El crítico Antonio Lugli, en su “*Historia de la literatura para la infancia*” (Sansoni, 1961) reproduce la opinión al respecto de Alejandro Manzoni, nada menos, que sostenía que un auténtico artista no podía ni debía escribir pensando en un público de jovencitos “porque la intención pedagógica habría obstaculizado el objetivo esencial del arte, que es la imitación de lo verdadero.” Lugli recoge fragmentos de una carta del Máximo Escritor Italiano que en tal sentido argumenta en francés: “*Ainsi le naïf qui fait le plus grand charme de ces sortes d’ouvrages, quand’ils ne sont qu’un jeu de l’art, devient un écueil lorsqu’ils doivent être un moyen d’instruction*”.

(“Así, lo inocente, que constituye el mayor encanto de esta clase de obras –ya que no son más que un juego del arte– se transforma en escollo desde el momento en que deben ser un medio de instrucción.”)

Tiene razón Manzoni. ¿Pero por qué un libro para niños no puede ser un *jeu de l’art*, con todo el *charme* que sea capaz de lograr? ¿Por qué es necesario, obligadamente, traer a colación el “escollo” de la *instruction*? ¿Por qué, al dirigirse a los más chicos, no se puede hacer una honesta (y artística) imitación de lo verdadero?

¡La instrucción! ¡La instrucción! Otro histórico de este tema, Luigi Volpicelli, en “*De la infancia a la adolescencia*” sostiene, convencido, que los escritores para niños deben ser “educadores que tengan aguda conciencia de sus propósitos”.

Pensándolo bien, los autores de los más hermosos libros para la infancia, los libros que han desafiado el paso

de los años y que salieron de los confines de su país para difundirse por todo el mundo, no pueden ser considerados según los esquemas comunes de educadores recomendables. Son, por lo menos, personajes extravagantes, "saturninos", como los define Antonio Faeti. Adultos mal integrados en el orden social en que viven. Gente "poco seria".

Pensemos en Collodi, *viveur*, sibarita, frecuentador de camarines teatrales. (Por otra parte, sobre los libros educativos, incluidos los suyos, Collodi expresa una opinión precisa en el pasaje en el cual Pinocho se pelea con sus compañeros de escuela a la orilla del mar: "Entonces los muchachos, despechados porque no podían medirse con el muñeco cuerpo a cuerpo, decidieron echar mano a los proyectiles; liberados los libros de sus ataduras, comenzaron a arrojar contra él los Silabarios, las Gramáticas, los Giannettini, los Minuzzoli, los Cuentos de Thourar, el Pollito de la Baccini y otros libros de la escuela; pero el muñeco, que tenía la vista rápida y era malicioso, los esquivaba a tiempo, así que los volúmenes, volando por encima de su cabeza, iban todos a parar al mar. ¡Imagínense a los peces! Los peces, creyendo que esos libros eran comida, se lanzaban a la superficie del agua; pero después de haber engullido alguna página, alguna portada, la escupían enseguida, haciendo una mueca que parecía decir: 'Esto no es para nosotros: estamos acostumbrados a alimentarnos mucho mejor'.")

Pensemos en el singularísimo reverendo oxoniense Charles Lutwidge Dodgson, alias Lewis Carrol, minucioso controlador de la lista de las compras, fotógrafo aficionado, misántropo que prefería la compañía de las niñas a la de sus colegas adultos. (También él se divirtió relatando las lecturas "edificantes" impuestas a su heroína. "Alicia había leído tantos lindos cuentitos de niñas que-



madas o devoradas por animales feroces, y otras cosas desagradables, todo porque no habían querido recordar las simples instrucciones recibidas de personas amigas; por ejemplo, que un atizador al rojo terminará por quemarte si lo sostienes mucho tiempo; y que si te cortas el dedo muy profundamente con un cuchillo, por lo común sale sangre; y que si bebes demasiado del contenido de una botella sobre la que está escrito "veneno", es casi seguro que tarde o temprano te arrepentirás.)

Pensemos en el aviador solitario Antoine de Saint-Exupéry; en Robert Louis Stevenson, que, como el pintor Gauguin, huirá para vivir la última parte de su vida entre los "salvajes" en un atolón de los Mares del Sud, ganándose el nombre indígena de *Tusitala*, el que cuenta. (Que cuenta no para "instruir" sino por el placer gratuito de contar.) Gente extraña, por cierto.

Marcello Argilli, él mismo afortunado autor de muchísimos libros para los más chicos, hace unos años, en un congreso, afirmó que si un adulto, sin la noble motivación de ser padre o educador de profesión, dedica su tiempo a ocuparse de niños, es porque hay algo en él que no funciona.

Por lo que a mí respecta, creo sufrir de una (a menudo dolorosa) atrofia del mecanismo protector de la separación. Ninguno de mis antiguos recuerdos de infancia acabó en la oscuridad del sótano. Están todos ahí, a la luz, bien alineados en la planta principal y representan (por cuadros, por imágenes, exactamente como ocurre en el teatro) una memoria tan fuerte y viva de mi infancia que todavía hoy, y a pesar de los años, siento el pueblo de los niños como un pueblo de parientes y hermanos.

Mi "pedagogía" de escritora —si existe— se debe entender en el más estrecho sentido etimológico, el de "conducir al niño", caminar a su lado teniéndole la mano.

Sobre los autores

"A diferencia de los escritores para adultos, los que escriben para chicos, en cualquier circunstancia pública o privada, están obligados a justificarse.

'¡Radamés, pide disculpas! ¿Cómo es posible que hayas elegido escribir para los más chicos?' es la pregunta más o menos benévola que le hacen continuamente, por la calle, en casa, en las reuniones mundanas, pero también en la cátedra de cada reunión docta, seminario o congreso.

En todas y cada una de las asambleas a las que asisten personas 'serias y comprometidas', intelectuales, estudiosos, sociólogos, políticos, literatos, el autor de libros juveniles es mirado desde arriba, quizás con benévola condescendencia, y su parecer sobre cualquier asunto no tiene mayor peso. Si demuestra preparación y cultura suscita antes que nada enorme sorpresa: '¿Pero cómo, con esa cabeza, con esos títulos universitarios todavía estás ahí, en el jardín de infantes?' ¡Animáte y vení con nosotros a ocuparte de cosas serias!

En ocasión de la Feria del Libro no se ocupan de él los críticos literarios sino los especialistas en notas costumbristas, coloridas, que lo presentan como 'fenómeno', como personaje un poco extravagante. Cualquiera sea el género literario al que pertenezcan sus obras —aventura, humor, novela histórica— todos dirán que es un escritor de cuentos de hadas, de fábulas y lo considerarán un soñador con la cabeza en las nubes, un tipo tal vez gentil y poético pero que no ofrece mayores garantías.

De cada palabra que escriba deberá rendir cuenta a los educadores y a los psicólogos improvisados. Si alguno se toma el trabajo de leer sus textos, el comportamiento de sus personajes no será juzgado por su coherencia dentro del relato, por su necesidad artística, sino por el mal o buen ejemplo que pueda dar a los lectores."

B.P.

Conducirlo a través del mundo, hablando con él del mundo, regalándole mi experiencia y aceptando el regalo de la suya, que no vale menos sólo porque es más breve. Caminar con el niño de la mano porque estar junto a él es fuente de placer, de descubrimiento, de satisfacción.

La "pedagogía" que ciertos educadores y ciertos críticos reclaman a los escritores para la infancia es entendida como un "conducir al niño" donde los adultos queremos, sin escucharlo demasiado. Su propósito es confundirlo, aturdirlo y deslumbrarlo con el relampagueo de una linda historia para "hacerle comprender" lo que nosotros queremos que comprenda. Para enseñarle que los grandes tienen razón y los chicos se equivocan, y que es mejor ser obediente y no hacer demasiadas preguntas y plegarse a los modelos standard aprobados por los adultos. "Pedagogía", para ellos, es tomar al niño por la muñeca y conducirlo lo más pronto posible fuera de la infancia, hacia la decantada "madurez" que asigna al adjetivo "infantil" una connotación tan negativa.

Nosotros *Tusitula*, en cambio, contamos con la única preocupación del *charme*, del encanto de la historia y de la palabra; no buscamos proponer modelos ideales, sino "imitar lo verdadero" de la experiencia, las pasiones y los deseos de los niños. Sabemos que ellos no son simples ni inocentes, como desearían los adultos desmemoriados. Sabemos que alimentan fuertes pasiones, que están sacudidos por emociones profundas.

Deberían saberlo también los otros adultos, que cuando se recuestan en el diván del psicoanalista están dispuestos a admitir que, a los tres años, alguna vez desearon matar al padre y hacer el amor con la madre. Pero cuando su mirada recae sobre la cabecita de su hijo o de cualquier niño de hoy, se repliegan horrorizados ante la idea de que esa cabecita albergue pensamientos que no sean inocentes.

Sabemos también que si existe una pedagogía para los chicos, eso no significa que los grandes sean prescindentes. Que si la lectura de un libro ayuda a crecer, lo mismo vale para quien tiene siete años como para quien tiene setenta.

BIANCA PITZORNO
**STORIA
DELLE MIE STORIE**



Historias de la Biblia

La torre de Babel

Relato de Graciela Montes
Dibujos de Oscar Rojas

Historias de la Biblia

Moisés y el Faraón de Egipto

Relato de Graciela Montes
Dibujos de Oscar Rojas

Historias de la Biblia

El arca de Noé

Relato de Graciela Montes
Dibujos de Oscar Rojas

Historias de la Biblia

Una historia argentina

5 **Los tiempos de San Martín**

GRAMÓN COLIHUE

Historias de la Biblia

El largo viaje de Ulises

Relato de Graciela Montes
Dibujos de Liliana Menéndez

GRAMÓN COLIHUE

ODO S.R.L.

Crecer con libros

Distribución y ventas:
Ediciones Colihue
Díaz Vélez 5125
(1045) Buenos Aires
República Argentina
Tel-Fax: 983-4191/81

Mitología griega

Anita dice cómo es

Graciela Montes
Elena Torres

GRAMÓN COLIHUE

Historias de la Biblia

Irulana y el ogro

(un cuento de mucho miedo)

Ilustraciones de Claudia Ispazzi

En suma, nosotros podemos hacernos intérpretes del rico y complejo mundo de la infancia porque pertenecemos a la misma raza que los niños, porque todavía estamos prisioneros en la misma reserva.

Cada vez que reflexiono sobre las motivaciones que me inducen, por libre elección, a escribir para los más chicos, me acuerdo de los pieles rojas de América, y cómo han sido relatados: 1) por el "carapálda" Fenimore Cooper en *El último de los mohicanos*; 2) Por el chamán de los Sioux Oglala, Alce Negro, en la autobiografía *Alce Negro habla*.

Fenimore Cooper cuenta, aun con simpatía y comprensión, de "otra" estirpe, distinta, y en definitiva, extraña. Alce Negro habla de su pueblo.

Esos es: si tuviera que definirme como escritora, diría que soy una niña que no ha renegado de su patria de origen y que, munida de mayores competencias técnicas que sus hermanos, usa su acrecentada capacidad de expresión y dominio de la lengua escrita para cantar el *epos* del pueblo al que todavía pertenece, el de la infancia, antes que sea destruido por la civilización de los colonizadores adultos.

Una niña muy enojada que usa la pluma como arma ofensiva y defensiva.

(*Storie della mie storie*, de Bianca Pitzorno, Pratiche Editrice, Parma, 1995. Traducción de Ema Wolf).

Sobre los dibujos

"Ciertos pedagogos de vanguardia, denodados defensores de la 'creatividad' infantil, han incitado a algunos editores a acompañar los textos destinados a los niños con dibujos 'en estilo naïf', realizados por otros niños muy chicos.

Sé que este tipo de libro gustó mucho a los adultos refinados y poco o nada a los niños destinatarios.

Todos los niños que conozco prefieren las imágenes realizadas por ilustradores profesionales a los 'garabatos' de sus coetáneos. Se dan cuenta probablemente que ese resultado naïf no es intencional. Que la tan decantada 'simplicidad' y 'esencialidad' no son el resultado de un elaborado procedimiento de síntesis, no nacen de un largo itinerario que pasa, como en Picasso o en Miró, a través de un período 'figurativo' en el cual se privilegian absolutamente las formas y colores de la realidad, para llegar a una abstracción, a una estilización, a una interpretación de tipo intelectual.

Quien conoce a los niños sabe que cuando dibujan casi nunca están satisfechos del resultado de su trabajo. Quisieran hacerlo mejor. Quisieran 'copiar' mejor, reproducir más exactamente las cosas que ven. Pero la pequeña mano todavía no obedece completamente a los deseos del cerebro. Entonces sufren.

Del mismo modo todas las tentativas de publicar y difundir entre los niños textos escritos por sus coetáneos ha suscitado solamente el interés de los pedagogos adultos. Creo que los lectores más jóvenes esperan que el escritor interprete, sí, su mundo, pero con instrumentos literarios más perfeccionados que los suyos."

B.P.

PREMIO LATINOAMERICANO DE LITERATURA INFANTIL Y JUVENIL



NORMA-FUNDALECTURA 1999

Podrán participar autores adultos, ciudadanos de países latinoamericanos, con obras inéditas, escritas en castellano y que no tengan compromiso de publicación. La presentación simultánea del texto al concurso y a una editorial lo descalificará automáticamente. Los escritores brasileños podrán enviar sus trabajos en portugués acompañados de una traducción al castellano.

Se recibirán obras hasta el

30 de abril de 1998

Tema y extensión

Se concursará con una obra narrativa (cuentos o novela), de tema libre, con un mínimo de 25 y un máximo de 80 páginas tamaño carta, destinada a lectores de entre 6 y 10 años de edad.

Los trabajos se presentarán en tres (3) copias, escritos a máquina o computador con letra de 12 puntos, a doble espacio y sin ilustraciones. Los autores brasileños deben enviar una (1 copia en portugués y dos (2) en castellano.

Premio

Se concederá un premio único e indivisible consistente en US\$ 15.000, la publicación por el Grupo Editorial Norma y la participación, con gastos pagados, en un congreso, seminario o evento nacional o internacional de interés para el área de la literatura.

Accésit

Se entregará un *accésit* a la mejor obra de un autor que no haya publicado libros para niños y jóvenes. Consistirá en la publicación del libro y US\$ 2.000 que, al igual que en el Premio, se considerarán anticipo de las regalías estipuladas en el contrato editorial.

Premiación

El premio se entregará en la 12ª Feria Internacional del Libro de Bogotá, en 1999. Los originales no premiados no se devolverán.

Para más información dirigirse a:

GRUPO EDITORIAL NORMA

Premio Literario Norma-Fundalectura

San José 831 Tel.: 382-7400

Buenos Aires



Conventillo

POROTOS MEZCLADOS

* Los libros no son los hombres, son medios para llegar a ellos; quien los ama y no ama a los hombres, es un fatuo o un condenado.

Cesare Pavese, 1945.

* Los ingleses se pusieron a contar y la cuenta dio así: en la película EL DEMOLEADOR protagonizada por Sylvester Stallone, hay 167 actos de violencia y en los dibujitos de Tom y Jerry, sólo 97. Mientras tanto, se está considerando el regreso a los castigos corporales en los colegios.

ENTRE OTRAS COSAS...

Nunca nos queda muy claro para qué puede ser útil la literatura, o qué textos pueden servirnos en la vida, o de qué forma. El Che Guevara nos dejó el testimonio de un momento en que sintió que estaba a punto de morir, y recordó la imagen del personaje de un cuento, que estaba sin recursos, perdido en medio de la nieve y nada le quedaba por hacer: "Me puse a pensar en la mejor manera de morir, en ese minuto en que parecía todo perdido. Recordé un viejo cuento de Jack London, donde el protagonista, apoyado en un tronco de árbol, se dispone a acabar con dignidad su vida".

Ernesto Che Guevara - Diario



MULTA POR FOTOCOPIAR LIBROS

Hace años que se viene luchando contra el fotocopiado ilegal de libros y textos de estudio. Como novedad, y a instancias de la Cámara Argentina del Libro, en el mes de agosto un Tribunal de Justicia sancionó a dos personas que se dedicaban a esta práctica y los condenó a ir dos veces por mes, durante un año, a la Dirección General de Bibliotecas Municipales para trabajar gratuitamente en esa entidad. Y a pagar multas de 1500 y 1800 pesos cada uno.

MUEVE MUEVE LA COLITA

Aquí reproducimos la letra de una de las canciones que pueblan nuestra televisión. ¿Será en broma?, ¿será en serio?, ¿qué le pasa a esta gente?

Mueve, mueve la colita y también la cinturita. Caramelito mueve la colita al ritmo de tu corazón para dejarla, dejarla bien durita hay que ponerse en acción. Caramelito te enseña el movimiento mira y no pares de bailar...

De CARMELITO EN BARRA, programa de Canal 13

MEDITACIONES DEL DIBUJANTE CATALAN

PERICH

NUESTROS MAYORES: Nuestros mayores nunca nos dejarán que les agradezcamos como se merecen todo lo que han hecho por nosotros. Y es que son muy precavidos.

LA EDUCACION: Educar al niño requiere mucha paciencia. En especial por parte del niño.



CUENTOS DE LA SERIE "HERODES"

Dentro de la colección de nuestros cuentos "Herodes" hoy van dos cuentos chinos. Los "Herodes" tienen la particularidad de actuar en cualquier parte del mundo. Estos se leían en las escuelas de la China pre-revolucionaria.

EL PEZ DEL LAGO

Un muchachito llamado Liang, huérfano de madre, tenía una madrastra que lo trataba cruelmente y que en todo cuanto el chico hacía hallaba faltas que criticar.

A pesar de ello, Liang no abandonó jamás el sendero del deber y continuamente se esforzaba en aparecer amable a los ojos de su madrastra. A ésta le gustaba extraordinariamente el pescado; pero no

habiendo podido obtenerlo en cierta ocasión, Liang se encaminó de noche a un lago helado, y tendiéndose a lo largo sobre el hielo, respiró con fuerza hasta hacer un agujero, por el que consiguió coger dos carpas, que alegremente llevó a su casa para contentar a su madrastra. Un gran poeta que tuvo noticia de esta hermosa acción de Liang, escribió sobre ella un bello poema.

EL ESTUDIANTE

En la provincia de Tsu vivía un muchacho muy ansioso de distinguirse en los exámenes, para ser así la gloria de sus padres y de su pueblo natal. Pero observó que, tras algunas horas de estudio, comenzaba a invadirle una gran somnolencia, que terminaba en un sueño profundo.

Esto lo apenaba muchísimo y durante algún

tiempo no supo cómo ingeniarse para permanecer despierto.

Por fin, se le ocurrió una idea salvadora. Ató una cuerda al extremo de su trenza sujetando la otra extremidad de aquella a una viga del techo, de suerte que, si se dormía y daba cabezadas, el tirón de la coleta lo despertaría al punto.

¿QUIÉN NO TIENE SU CUENTO HERODES?

Queridos lectores: no mezquinen sus Herodes. En papeles o en la memoria todos tenemos algunos preferidos. Mándenlos a *La Mancha*, mencionando la fuente. Si son realmente "Herodes", los vamos a publicar. Pero juramos no mantener correspondencia sobre ellos. Muchas gracias.

¿UNA

MALA

PRÁCTICA?

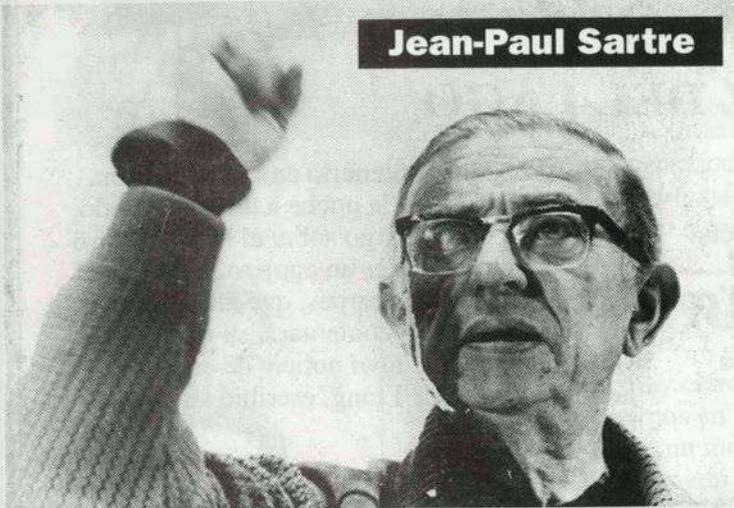
"El hábito que forman algunos niños de pedir prestados a sus compañeros, novelas y cuentos, y de escoger ellos mismos los libros de las bibliotecas públicas, es una práctica perniciosa. Tarde o temprano harán mella en su moralidad estas pajas y escombros intelectuales. Los jóvenes que leen novelas casi siempre llevan una vida de excitación, que no es natural y

que se manifiesta en muchas tendencias malas."

de: *Salud y Hogar*,
un manual doméstico
preparado y editado por
un competente comité de
médicos y expertos.
California - 1909



“Yo pregunté, incrédulo: —¿Están ahí dentro las hadas?”



Jean-Paul Sartre

Empecé mi vida como sin duda la acabaré: en medio de los libros. En el despacho de mi abuelo había libros por todas partes; estaba prohibido limpiarles el polvo salvo una vez por año, en octubre, antes del comienzo de las clases. No sabía leer aún y ya reverenciaba esas piedras levantadas: derechas o inclinadas, apretadas como ladrillos en los estantes de la biblioteca o noblemente espaciadas formando avenidas de menhires; sentía que la prosperidad de nuestra familia dependía de ellas. Se parecían todas; yo retozaba en un santuario minúsculo, rodeado de monumentos rechonchos, antiguos, que me habían visto nacer, que habían de verme morir y cuya permanencia me garantizaba un porvenir tan tranquilo como el pasado. Yo las tocaba a escondidas para honrar a mis manos con su polvo, pero no sabía qué hacer con ellas y asistía cada día a unas ceremonias cuyo sentido se me escapaba. Mi abuelo, tan torpe de costumbre que mi abuela le abrochaba los guantes, manejaba esos objetos culturales con una destreza de oficiante. Le he visto mil veces levantarse con un aire ausente, dar la vuelta a la mesa, cruzar la habitación de dos zancadas, tomar un volumen sin dudar ni lo más mínimo, sin tener el tiempo de elegir, hojearlo mientras volvía a su sillón, con un movimiento combinado del pulgar y del índice, y luego, apenas sentado, abrirlo de golpe por “la página buena”, haciéndolo crujir como un zapato. (...)

Aún no sabía leer pero ya era lo bastante snob como para exigir mis libros. Mi abuelo

se fue a ver al pícaro de su editor e hizo que le diesen *Les Contes* del poeta Maurice Bouchor, relatos sacados del folklore y transcritos para el gusto de los niños por un hombre que, según decía, había guardado los ojos de niño. Yo quise empezar enseguida las ceremonias de aprobación. Cogí los dos pequeños volúmenes, los olí, los palpé, los abrí descuidadamente por “la página buena” haciendo que crujiesen. Era en vano: no tenía el sentimiento de poseerlos. Sin lograr mayor éxito, intenté tratarlos como muñecas, los mecí, los besé, les pegué. A punto de echarme a llorar, acabé poniéndoselos en las rodillas a mi madre. Ella levantó la vista de su labor “¿Qué quieres que te lea, queridín? ¿*Las Hadas*?” Yo pregunté, incrédulo: “¿Están ahí dentro las hadas?” Esta historia me resultaba familiar; mi madre me la contaba muchas veces, cuando me arreglaba, interrumpiéndose para friccionarme con agua de Colonia, para recoger, debajo de la bañera, el jabón que se le había escapado de las manos, y yo escuchaba distraídamente el relato tan conocido; yo no tenía ojos más que para Anne-Marie, esa muchacha de todos mis despertares (...).

Además de todo eso estaba la historia: era el lazo de los soliloquios. Hablaba todo el tiempo de que estábamos solos y clandestinamente, lejos de los hombres, de los dioses y de los sacerdotes, como dos corzas en el bosque, con las otras corzas, las Hadas; yo no podía creer que se hubiera compuesto todo un libro para que en él apareciera ese episodio de nuestra vida profana, que olía a jabón y a agua de Colonia.

Anne-Marie me hizo sentar frente a ella, en mi sillita; se inclinó, bajó los párpados, se durmió. De esa cara de estatua salió una voz de yeso. Yo perdí la cabeza: ¿quién contaba, qué y a quién? Mi madre se había ido: ni una sonrisa, ni un signo de convivencia, yo estaba exiliado. Y además no reconocía su lenguaje. ¿De dónde sacaba esa seguridad? Al cabo de un instante había entendido: el que hablaba era el libro.

(Fragmento de *Las palabras*, de Jean-Paul Sartre. Buenos Aires, Editorial Losada, 1966, séptima edición. Traducción: M. Lamana)

Jean Paul Sartre (1905-1980). Filósofo y escritor francés considerado “el padre del Existencialismo”, fue uno de los pensadores de mayor trascendencia en el siglo XX. Autor de importantes obras teatrales (*Las moscas*, *A puerta cerrada*, *Las manos sucias* y *Muertos sin sepultura*), obras de narrativa (*La náusea*, *Los caminos de la libertad*), ensayos literarios y filosóficos (*Qué es la literatura*, *El ser y la nada*, *Critica de la razón dialéctica*), entre muchas otras obras. Junto con Simone de Beauvoir, fue centro de un círculo literario que hizo famoso su lugar de reuniones: el café de Flore. En 1964 rechazó el Premio Nobel.

“Pero hubo un libro en que creí reconocer mi rostro y mi destino...”

Simone de Beauvoir

Los libros me tranquilizaban: hablaban y no disimulaban nada; en mi ausencia, callaban; yo los abría y entonces decían exactamente lo que decían; si una palabra se me escapaba, mamá me la explicaba. De bruces sobre la alfombra roja leía a Madame de Ségur, Zenaïde Fleuriot, los cuentos de Perrault, de Grimm, de Madame d'Aulnoy, del canónigo Schmidt, los álbumes de Töpffer, Bécassine, las aventuras de la familia Fenouillard, las del bombero Camember, *Sans Famille*, Jules Verne, Paul d'Ivoi, André Laurie, y la serie de los “Libros rosa” editados por Larousse, que relataban las leyendas de todos los países del mundo y, durante la guerra, historias heroicas.

Sólo me daban libros infantiles elegidos con circunspección, que admitían las mismas verdades y los mismos valores que mis padres y mis institutrices; los buenos eran recompensados, los malos castigados; las desgracias sólo ocurrían a las personas ridículas y estúpidas. Me bastaba que esos principios esenciales fueran salvaguardados, generalmente no buscaba ninguna relación entre las fantasías de los libros y la realidad (...). Un relato era un hermoso objeto que se bastaba a sí mismo, como un espectáculo de marionetas o una imagen; yo era sensible a la necesidad de esas construcciones que tienen un principio, un orden, un fin, donde las palabras y las frases brillan con su brillo propio, como los colores de un cuadro. A veces, sin embargo, el libro me hablaba más o menos confusamente del mundo que me rodeaba o de mí misma; entonces me hacía soñar o reflexionar, y a veces trastornaba mis certidumbres. Andersen me enseñaba la melancolía: en sus cuentos los objetos sufren, se quiebran, se consumen sin merecer su desdicha; la sirenita, antes de desaparecer, sufría a cada paso como si hubiera caminado sobre brasas candentes y, sin embargo, no había cometido ninguna falta: sus torturas y su muerte me trastornaron el corazón. (...)

Pero hubo un libro en que creí reconocer mi rostro y mi destino: *Little women*, de Louise Alcott. Las chicas March eran protestantes, su padre era un pastor y su madre les había dado como libro de cabecera, no *La Imitación de Cristo* sino *The pilgrim's progress* (...). Me emocionó ver a Meg y a Jo ponerse unos pobres vestidos de poplin color avellana para ir a una fiesta donde todas las demás chicas estaban vestidas de seda; les enseñaban como a mí que la cultura y la moral son más importantes que la riqueza; su modesto hogar tenía como el mío un no sé qué excepcional. Me identifiqué apasionadamente con Jo, la intelectual.



Brusca, angulosa, Jo se trepaba, para leer, a la copa de los árboles; era mucho más varonil y más osada que yo; pero yo compartía su horror por la costura y los cuidados de la casa, su amor por los libros. (...) Pero lo que sobre todo me encantaba era la parcialidad decidida que Louise Alcott manifestaba por Jo. Yo aborrecía, ya lo he dicho, que la condescendencia de las personas mayores nivelara la especie infantil.

Las cualidades y los defectos que los autores prestaban a sus jóvenes héroes parecían generalmente accidentes sin consecuencias: al crecer todos serían personas de bien; por otra parte, sólo se distinguían los unos de los otros por su moralidad: nunca por su inteligencia. Por el contrario, Jo se destacaba sobre sus hermanas más virtuosas o más bonitas por su fervor de conocimiento (...). Me sentí autorizada, yo también, a considerar mi gusto por los libros, mis éxitos escolares, como la prueba de un valor que mi porvenir confirmaría.

(Fragmento de *Memorias de una joven formal*, de Simone de Beauvoir. Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1965, cuarta edición. Traducción: Silvina Bullrich)

Simone de Beauvoir. Escritora nacida en París en 1908. En la Sorbona, donde cursaba estudios de filosofía, conoció a Sartre, de quien se convirtió en inseparable compañera. Es autora de *La invitada*, *Todos los hombres son mortales*, *Los mandarines* (Premio Goncourt), *La mujer rota*. Su ensayo *El segundo sexo* llegó a convertirse en un libro de consulta imprescindible para quienes se ocupan de la temática de la mujer. La obra autobiográfica abarca: *Memorias de una joven formal*, *La plenitud de la vida*, *La fuerza de las cosas* y *Final de cuentas*. Murió en 1986, y está enterrada junto a Sartre en el cementerio de Montparnasse.

Hans Christian Andersen, el que se inventó la vida

por Graciela Montes

Si inventarse la propia vida es una señal de libertad, Hans Christian Andersen (1805-1875) puede muy bien denominarse un hombre libre. No sólo por la extraordinaria curva que alcanzó a trazar en sus setenta años —que va de la modestísima condición de hijo feo y soñador de un zapatero de Odense a la máxima de gloria viviente de las letras de Dinamarca, receptáculo de exagerados tributos y paladeador de la eternidad en vida— sino porque además, celosamente, se ocupó de dejar escrita la versión oficial de esa trayectoria: de manera alegórica y oblicua en su famosísimo cuento *El patito feo* y de manera explícita en dos textos, *El libro de mi vida*, escrito en 1832 y publicado sólo después de su muerte, y *El cuento de mi vida* (nótese el cambio de sustantivos), de 1847, donde elige trasladar su acontecer histórico —es decir, los actos y fiascos de la vida— al terreno en el que más fuerte se sentía: la ficción, en especial la cargada de destino. Andersen hizo más que escribir cuentos, se hizo cuento para burlar los lastres y la muerte.

Soslayar su “cuento autobiográfico” es imposible, y sumergirse exclusivamente en él es peligroso. Lo obligatorio es ir por el filo. Que es justamente donde se instalaba el protagonista naturalmente.

Porque la clave de Andersen parece ser la paradoja: entre el sentimentalismo —el *pathos*— y la ironía, entre el exhibicionismo insoportable y la vergüenza, entre la sonrisa burlona y el mohín de ofensa.

Buscó toda su vida un amor —“Dios, dame una novia”, escribe en una entrada de su diario íntimo durante uno de sus viajes a Italia, “Mi sangre quie-

re amor, igual que mi corazón”—, pero lo cierto es que permaneció soltero, y todo hace creer que también virgen.

La casa, el hueco amparador, el hogar encendido, la escena navideña —esos “interiores” de los que sólo los nórdicos como él son capaces— constituyen una constante en sus cuentos. A veces, como en *La fosforerita*, el sueño de los pobres, otras veces, como en *La Reina de las Nieves*, el piso de la vida, la patria íntima de la infancia. Pero lo cierto es que Andersen nunca se dijo dueño de uno de esos interiores, ni tuvo jamás casa propia. Desde que dejó la suya, en Odense, adolescente de catorce años, buscador de grandes destinos en Copenhague, vivió siempre en casa de otros. Huésped eterno de sus sucesivos protectores: los Collins en el comienzo de su vida, los Melchior en el final, otros varios en el medio.

Tenía una dolorosa necesidad de belleza y de armonía, pero se sabía feo, con una fealdad hecha de rareza y desmesura, de desgarbo, de dientes torcidos, de piernas y nariz exageradas. Es más, la fealdad era su marca, y no toleraba que eso se pusiera en duda. Había querido ser actor, de manera que la exhibía. Cuando Ludvig Phister le sugirió, al toparse con él a la salida del teatro, que había ganado mucho en belleza con el correr de los años, Andersen se sintió ferozmente burlado y le recriminó que le hubiera arruinado la noche con esa evidente mentira.

Se quejaba del traqueteo de los viajes, pero viajó más que ningún contemporáneo suyo: Alemania, Suiza, Austria, Grecia, Holanda, Suecia, Francia, Italia, Inglaterra, España. En coche, a pie, a caballo, a lomo de mula... y en tren. De su libro

de viajes *El bazar del poeta*, de 1842, es uno de los más primitivos pasajes en los que se describen los placeres que tiene el ferrocarril para un viajero.

Se dejaba llevar fácilmente por la ilusión, pero andaba al mismo tiempo por el mundo con los ojos abiertos.

Llegó a Copenhague con la ilusión del teatro, porque amaba los escenarios. Le fue mal, no lo quisieron ni de comparsa. Jonas Collin y su familia lo cobijaron, y le facilitaron los latines indispensables. Se le oyó la voz por primera vez en 1829. Era el relato de un viaje: *Viaje a pie desde el canal de Holmen hasta la punta este de Amager*, y ya mostraba su veta: ojos abiertos, sonrisa algo burlona, delicadísimo acercamiento a lo cotidiano y lo pequeño. Fue un éxito. El rey Federico VI le dio un subsidio, que empleó en viajar. Y pronto aparecieron otras dos novelas, *El improvisador* y *Sólo un violinista*, bastante autobiográficas. Pero el gran salto, lo peculiar, fue el cuento infantil. Y una vez que se abrió el dique, la fuente pareció inagotable: 156 obras incluye el canon oficial. Fue su gran apuesta. Y le salió bien. Encontró su voz, triunfó y fue aplaudido. Eso no lo liberaba de sus viejos miedos —a la muerte, a la soledad, al desprecio—, pero le calmaba las ansias. Y la revancha social, además, era dulce. “Hace veinticinco años llegué con mi atadito de ropa a Copenhague, un muchacho desconocido y pobre: y hoy tomé chocolate con la Reina”, escribe en 1844.

Fue ahí, en el cuento infantil, pero sin dejar de pertenecer a la literatura general de su tiempo, donde se instaló Andersen como amo y señor. Se había criado en el romanticismo, con su recuperación de las raíces nacionales, su descubrimiento de la naturaleza y lo salvaje y su estética de la desmesura y el sentimiento, y llegó a asomarse al realismo nuevo. Era un escritor de su época. Precisamente, trasvasó el espíritu de la literatura contemporánea a un género que tenía viejos modelos, y eso aceleró las innovaciones.

La opción por lo infantil no fue menor ni intrascendente. Y aunque tal vez en un comienzo haya parecido simple divertimento, o una prolongación de las veladas en que entretenía con vívidas historias a los chicos Collins, a la larga fue en este género marginal donde jugó su partida.



Diferenciándose claramente de otros contemporáneos suyos, románticos también pero tradicionales, Wilhelm y Jakob Grimm, Andersen inaugura un cuento nuevo. De ninguna manera una recuperación o un relato de viejas historias sino cuento de autor, cargado de marcas personalísimas. Como algunos años después lo hará Lewis Carroll en Inglaterra y aún después Collodi en Italia —cada uno de ellos en su clave, todos inconfundibles y diversos— Andersen se embarca sin reticencias en el género y terminará fundando un mundo literario inédito.

Los cimientos mismos del cuento se conmueven. Los personajes, los objetos, los paisajes de los cuentos tradicionales habían sido arquetípicos: la casa era todas las casas, el lobo, todos los lobos, el bosque, todos los bosques. En Andersen, en cambio, cada objeto, cada protagonista —mínimo a veces: un soldadito de plomo, un trompo, un abeto, la hoja de un árbol— se precisa hasta la minucia. Todo es particular y real, intensamente concreto, es éste, aquí, ahora, y no podría ser otro. Y es, además, lo que ha llegado a ser: tiene un pasado, una historia. Giro copernicano: acaba de hacer su aparición el tiempo en el cuento para niños.

Las consecuencias son enormes. Junto con la historia, con el acontecer de los personajes, aparece la sociedad de Dinamarca de la primera mitad del siglo XIX, el ascenso de la burguesía, la movilidad social, el industrialismo, la pobreza irredenta, la concentración urbana. En ese sentido, los ojos abiertos de Andersen, los ojos del viajero y del curioso, hicieron lo suyo, y no llama la atención la amistad que naturalmente entabló con Dickens, su contemporáneo. La realidad está presente, es siempre reconocible. No porque Andersen haya sido un revolucionario, de ningún modo, ni siquie-

De "El cuento de mi vida"

Mi primera colección de cuentos, publicada después del *Improvisador*, no fue muy bien recibida. Se pretendía que yo no tenía ninguna aptitud para ese género. Si a pesar de todo me empeñaba en ejercerlo, haría bien, me aconsejaban, en estudiar a los cuentistas franceses.

Una crítica, publicada en 1836, aún me divierte hoy. En aquella época me entristeció profundamente. Decía así: "¿Los niños podrán también interesarse en esta lectura? De seguro que no. ¿Encontrarán en ella un ejemplo moral? ¿Se puede, siquiera, garantizar que dichos relatos no sean hasta cierto punto perjudiciales? Nadie dudará de que tal sentimiento de pudor, innato en el niño, no podría ser exaltado leyendo que una princesa dormida es llevada a lomos de un perro a casa de un soldado que la besa. Y que, una vez despierta la princesa, relata su aventura cual si fuera un sueño raro. Al cuento *La princesa del garbanzo* le falta completamente gracia y delicadeza. Es inadmisibles hacérselo leer a un niño, ya que puede falsear su tierno juicio. En efecto, el niño creerá que las personas de calidad están siempre dotadas de una sensibilidad exquisita y absurda."

La crítica terminaba emitiendo el criterio de que el autor no perdiese su tiempo en lo sucesivo en escribir cuentos para la infancia. Y, no obstante, yo continuaba escribiéndolos.

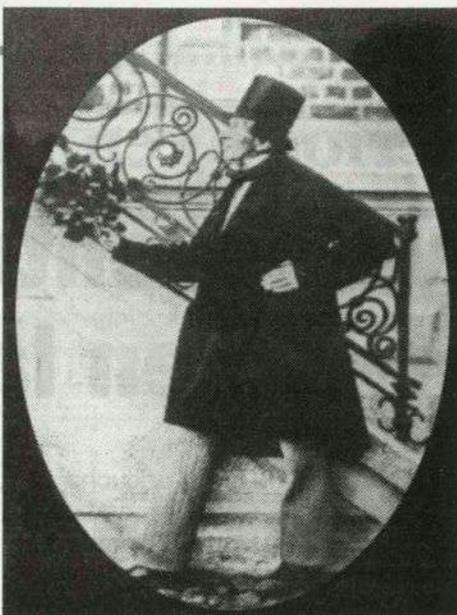
H. Ch. Andersen

ra era un crítico como Dickens. Es más: como muchacho de provincias ambicioso de notoriedad, manifiesta gran admiración por la aristocracia. Pero no cierra los ojos, y entonces ve, da testimonio, y la realidad irrumpe. Irrumpe la pobreza; no sólo el hambre y el frío sino las humillaciones y el ansia de resarcimiento (*El ángel*, *El jabalí de bronce*, *Las zapatillas rojas*, *La fosforerita*). Sobre todo, la pobreza. Tal vez Andersen admire a los espléndidos ricos, pero entiende muy bien a los pobres. Tan cerca los siente que con ellos no es capaz siquiera de ironía. La ironía y la burla se reservan para los nuevos ricos, los burgueses en vertiginoso ascenso, los cortesanos, los corruptos, que también están presentes. Cuando Andersen se embarca en esta sonrisa burlona y aguda que todo lo ve desde cierta distancia es capaz de inmensas audacias. Pensemos en *La princesa del garbanzo* o en *El porquerizo*, o *Una pareja de enamorados*, donde se aviene a desmontar pieza a pieza y a golpe de ironía la fábrica tradicional del cuento.

De a ratos patético, de a ratos burlón, romántico y crítico, creyente y descreído, Andersen siempre va por el filo.

Se muestra al desnudo en los cuentos de destino. Es ahí donde no puede sino sentirse atravesado por esa búsqueda de resarcimiento —la inmortalidad o la fama— y donde al cabo se entrega. Patéticos a veces, con un patetismo que difícilmente soporta nuestra sensibilidad de hoy día, pero tan genuinos, tan palpitantes, con un gesto tan personal y tan arriesgado, que es imposible no entregarse a ellos. Son a la vez el jugo del romanticismo y el jugo anderseniano. *La Reina de las Nieves*, *La sirenita*, *El patito feo*. En ellos está la raíz de todo, ahí se pelean las grandes luchas. Sólo que aquí el mal no está encarnado en el malvado arquetípico, la bruja, el ogro, no es un mal concreto, atacable con una buena espada o con una buena artimaña. El mal anderseniano es de otra naturaleza. Es, a veces, el mal horrible y romántico, que después recogerán Poe o Baudelaire, lo morboso y escalofriante. Pero más, mucho más, es mal histórico, "la naturaleza de las cosas", la injusticia que no se puede modificar, la incomunicación, el paso del tiempo, la muerte. Frente a ese mal el héroe no tiene las posibilidades del héroe de antes. No ataca y vence, salvo en *La Reina de las Nieves*, el bello relato que, como el

Gilgamesh, nace de la vieja ilusión de rescatar al amigo de los brazos de la muerte. El mal no es atacable y el héroe de Andersen, al llegar al abismo, pega el salto. Una especie de salto de categoría que lo coloca en otro sitio. Muchas veces es el arte. Otras veces es la muerte, con su garantía cristiana de una trasmuerte llena de resarcimiento, como la escena navideña con que soñó la Fosforerita.



Cuento ético, pues, siempre. Cuando ríe y burla, y cuando busca la justicia como sea. Con héroes que llegan al sacrificio personal muchas veces y con anti-héroes ferozmente reales. Lo que se inventó ese feo y ese raro, ese habitante de los márgenes, ese insaciable y punzante descastado. Siempre buscando. Inventándose la ficción y una salida.

La princesa del garbanzo

Había una vez un príncipe que quería casarse con una princesa, pero que fuese princesa de verdad. Recorrió el mundo buscándola, pero siempre había un pero. Princesas había muchas, pero nunca lograba asegurarse de que lo fueran de verdad; cada vez encontraba algo, algún detalle, que le parecía sospechoso. Y fue así que regresó a su casa, muy triste y tan empeñado como siempre en encontrar una princesa auténtica.

Una tarde estalló una terrible tempestad. Los rayos y los truenos se sucedían sin interrupción y llovía a cántaros. Era lo que se puede decir un día espantoso. En eso llamaron a la puerta del castillo y el anciano Rey fue a abrir.

Había una princesa en la puerta, pero ¡en qué estado, Dios santo! La lluvia y la tormenta la habían puesto a la miseria. El agua le chorreaba por el cabello y los vestidos, se le metía por las cañas de las botitas y le salía de vuelta afuera por los tacones. Sin embargo, ella afirmaba que era princesa verdadera.

“Pronto lo sabremos”, pensó la vieja Reina.

Y, sin decir palabra, se fue al dormitorio, levantó el colchón y puso un garbanzo sobre la tela. Luego apiló veinte colchones y, además, encima de los colchones, veinte edredones.

En esa cama debía dormir la princesa.

A la mañana le preguntaron qué tal había descansado.

—¡Oh, muy mal! ¡Muy mal! —exclamó la princesa—. No pegué un ojo en toda la noche. ¡Sabe Dios lo que habría en esa cama! Algo tan duro que tengo el cuerpo lleno de cardenales. ¡Fue espantoso!

Y ahí se dieron cuenta de que se trataba de una princesa de verdad, puesto que a pesar de los veinte colchones y los veinte edredones había sentido el garbanzo. Estaba claro que nadie sino una princesa podía ser tan sensible.

De manera que el príncipe la tomó por esposa, pues quedó convencido de que se casaba con una princesa hecha y derecha.

Y el garbanzo pasó al museo, donde puede verse todavía, si es que nadie se lo ha llevado.

Ésta sí que es una historia, ¿no es cierto?

Ni en cementerios ni en museos

Venturas y desventuras del canon literario en la escuela

por **Claudia López**

Quien escucha tu voz oye hoy la propia.
Caminemos hasta vencer la niebla.
No has trabajado para el polvo y para el viento.

Para Antonio Machado al leer de nuevo sus poemas, de Jorge Teiller

Varias son las acepciones de la palabra “canon” y varios son también los campos que atraviesa, especialmente la plástica y la música. En este sentido, el término permite inscribir a la literatura en el arte. Por otro lado, en todos los casos, “canon” habla de modelos y de procesos selectivos históricos realizados por autoridades culturales reconocidas. Este significado nos acerca a la escuela.

Canon se refiere básicamente a dos cosas: reglas o preceptos y catálogos o listas. Estos significados se entrecruzan y actúan en nuestras decisiones acerca de la lectura y sus objetos. Elegimos textos conforme a nuestra concepción de la literatura, de acuerdo a ciertas reglas o regularidades que hacen que algunos entren a formar parte de un catálogo literario personal.

En las artes plásticas, la palabra “canon” se aplica a una norma que ayudó a establecer las proporciones ideales del cuerpo humano. Esta preocupación se inicia con los egipcios, quienes concibieron la idea de dividir el cuerpo humano en partes iguales. Un motivo de orden pragmático propició esta singular empresa: el canon permitiría hacer una estatua grande repartiéndose el trabajo entre varios escultores. Otros fueron los motivos de los griegos y de los renacentistas; sin embargo, esta preocupación por las proporciones armónicas fue durante años uno de los pilares sobre los que se desarrolló la historia del arte. Las proporciones variaron a lo largo del tiempo junto con los postulados que sostenían el debate acerca de lo que debía ser el arte: imitación de la naturaleza o artificio.

En música, se llama “canon” a una forma de composición musical en la que sucesivamente van entrando las voces o los instrumentos, repitiendo cada una el canto de la que le antecede. Extrapolando esta definición al tema del canon literario nos moveríamos en el terreno de la tradición y de la posible entrada o destierro de nuevas voces al universo prestigioso de los clásicos. También hay en la historia de la literatura un con-

trapunto, sólo que en lugar de repeticiones parece ser más feliz el término “influencias”.

El primer canon literario del que se tiene registro es el que llevó a cabo Aristófanes de Bizancio en el siglo II antes de Cristo. Se lo conoce como el *Canon de Alejandría* y consiste en una larga lista de autores griegos que los gramáticos consideraban como modelos en sus respectivos géneros (poetas épicos, yámbicos, líricos, elegíacos, trágicos y cómicos, historiadores, oradores y filósofos). Esta piedra fundante completa su parábola en nuestros días con la aparición del controvertido libro de Harold Bloom, *El canon occidental*.

El debate sobre el canon está en el fondo de la mayor parte de las discusiones teóricas y prácticas que atañen al arte y, por lo tanto, a la literatura. El antagonismo entre tradición y vanguardia, el uso de diferentes lenguajes artísticos y la recuperación e importancia de los receptores son algunos de sus principales tópicos.

Los teóricos que se han dedicado al problema coinciden en que dentro de los grupos sociales dominantes que deciden qué textos son canónicos y cuáles no, las instituciones educativas son las de más amplio alcance. El establecimiento de un canon, en el sentido del listado de las obras representativas, compete en primer lugar a las universidades y a la crítica académica. Sin embargo, se podría afirmar que es la escuela la encargada de elaborar una imagen de la literatura que acompañará a la mayor parte de personas el resto de sus vidas. Esto si se dejan de lado privilegios tales como las bibliotecas familiares y otras formas de acceso posterior o simultáneo a la cultura letrada.

Cabe preguntarse, entonces, por el lugar que ocupa el arte en la escuela. Una simple mirada por los currículos y por los tiempos reales que se le dedica a las materias artísticas nos da una idea del valor que éstas tienen en la formación de chicos y jóvenes: cuarenta minutos semanales de música y otros tantos de plástica, algún que otro evento escolar, cada tanto, agendado

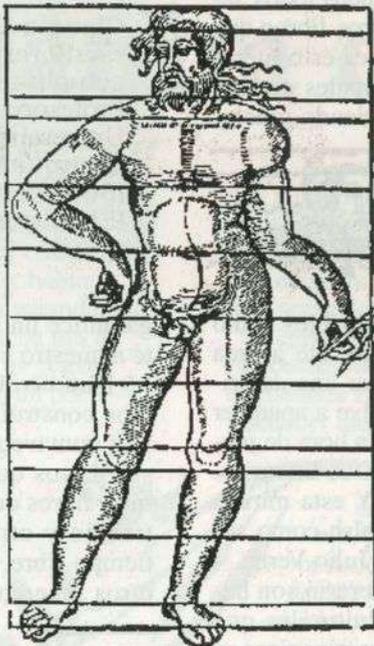
y discreto. El arte pelea su lugar con la computación y el inglés, ambas áreas sobrevaluadas por aquello de "la utilidad" y "los tiempos que corren". Y, como la escuela da cuenta fehacientemente de lo que sucede fuera de ella, no es difícil la generalización.

En el interior del área de lengua se da la misma relación de centro y periferia. El lugar hegemónico lo ocupa el estudio sistemático del código y sus usos en discursos no ficcionales. La literatura, con sus textos y sus lecturas específicas, tiene una aparición inestable e insegura. Una única definición debilita hasta el agotamiento su lugar: "la literatura es placer". Esta afirmación superficial reduce libros y autores a los almohadones y el trabajo de interpretación a un todo vale. Sobre todo niega la posibilidad de existencia de la literatura en la escuela: el placer no se enseña.

Sería saludable, entonces, que nos preguntáramos por las razones de tal desequilibrio. La inquietud por el arte no es exclusiva de algunos pocos que pueden asistir a talleres, conservatorios, museos, conciertos, ensayos. No debería resolverse a contrarresto. Es un comportamiento frente al mundo, una posibilidad de identificarnos en el medio que nos ha tocado en suerte y de participar en el desarrollo de la historia de la cultura. Sin embargo, a pesar de los altisonantes objetivos de la reforma, la escuela sigue propiciando la exclusión.

El problema del canon literario es el de la selección de textos y el de la selección de textos tiene que ver con lo que cada uno de nosotros considere literatura o "buena" literatura. A pesar de las tranquilizadoras guías para el docente, de las contratapas que refuerzan "lo infantil" o "lo juvenil" del contenido de sus textos, de los colores y diseños que intentan distribuir los productos en años, etapas y ciclos, siempre nos estaremos preguntando si es realmente literatura este texto particular que tenemos en las manos. Y es el sustantivo y no los adjetivos que se le acoplen lo que nos pone en crisis, lo que nos puede replegar a nuestra propia experiencia con la literatura que será, en última instancia, lo que nos defina como maestros o profesores de literatura en el recortado espacio que tenemos para serlo. Entre la literatura y sus posibles lectores estamos; entre dos fuegos al borde siempre del fracaso o del sacrilegio.

En el caso de la escuela, las elecciones de los docentes y bibliotecarios se encuentran en una encrucijada. Un entramado de diferentes cánones se conjugan a la hora de elegir. Siguiendo las clasificaciones de Fowler esos cánones son: el oficial, el crítico, el accesible y el personal. El "canon oficial" está determinado por las



preescripciones emanadas de los organismos de gestión educativa, preescripciones que suelen duplicarse en la mayoría de las propuestas editoriales escolares. El "canon crítico" funciona hacia el pasado recomendando textos y autores y, en el presente, oficiando, desde su lugar de lectores privilegiados, como agentes consagratorios. El "canon accesible" es la literatura disponible, editada y en circulación. El "canon personal" es el conjunto de obras que cada uno ha tenido ocasión de conocer y cuya valoración se piensa de manera más autónoma e individual, más ligada a la historia privada o profesional personal.

Los organismos oficiales han elaborado una ley de reforma acompañada por una larga lista de contenidos y por una vertiginosa carrera de capacitación. Todo esto tiene su origen en una evaluación de la educa-

ción elaborada con los fines de acentuar la culpabilidad del docente en la deteriorada calidad educativa. Frente a esta situación, la ley establece un cambio en la estructura del sistema y hasta se dedica a cifrar el financiamiento requerido para ello. Curiosamente esto último ha quedado sólo en la letra, mientras que los contenidos y la capacitación obligatoria intentaron entretener a los docentes por un rato y reforzar aquella culpabilidad.

Dentro del prolijo maremagnum de los CBC, la literatura para el nivel primario aparece como un bloque de lengua. No hay un canon prescripto. Esto sería muy bienvenido si los contenidos intentaran una mínima aproximación a un concepto de literatura que permita actualizarse sobre lo que sea hoy la literatura y desde allí elaborar criterios de selección de textos.

En contraposición asistimos a una desmesurada lista de términos lingüísticos que abarcan todo el siglo en lo que a estudios de la lengua se refiere. Los alumnos están, en estos momentos y sobre todo en la escuela media, abocados a escribir crónicas periodísticas, cartas, notas de opinión, publicidades, argumentaciones y chistes y a memorizar conceptos de alta complejidad como macroestructura, cohesión y coherencia, por dar algunos ejemplos. En literatura, mientras tanto, siguen marcando principio, nudo y desenlace, siguen reconociendo los géneros literarios como si éstos no hubieran cambiado, siguen numerando versos y escribiendo cuentos a partir de consignas que a cualquier autor canónico le llevaría largos meses desarrollar.

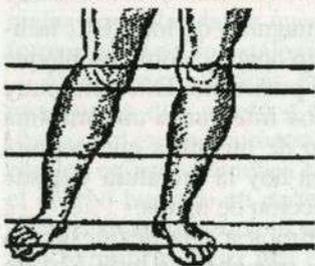
En cuanto al "canon accesible", lo que se puede leer, la misma política deja sin libros a la mayor parte del territorio del país. Las editoriales más poderosas

suelen llegar a algunos de estos lugares pero todos sabemos que no basta, que necesitamos otros libros que nos ayuden a dejar abierta la pregunta: ¿es esto literatura? En los sitios alejados de los principales centros urbanos, el canon literario sigue sobreviviendo gracias a la voluntad épica de algunos docentes, bibliotecarios y padres.

El canon, esa palabra que parece tan académica y almidonada, tan solemne y lejana, en el fondo responde a prácticas muy palpables como son la cultura y la educación. Abrir un debate acerca del canon quiere decir, también, cuestionar una autoridad: los libros sagrados. Esta palabra vuelve a aparecer como siempre a la hora de seleccionar, a la hora de juzgar la validez y la modernidad de los textos literarios. Se nos permite una mirada sospechosa. Y esta mirada puede recaer tanto sobre María Elena Walsh como sobre Alma Maritano, sobre Borges o sobre Julio Verne.

Las obras que conforman el canon literario son hechos del pasado. Pero, como agentes culturales que tomamos decisiones, estamos obligados a revisar el pasado desde nuestro tiempo. La imagen de la literatura que tenga una buena parte de la sociedad depende de nosotros. Dar a leer un texto es un acto político: esto que doy ha sido valorado por mí, este texto y no otro ha resistido la indiferencia por la cultura.

Si valoramos un cuento o un poema y no lo damos a conocer somos responsables de haber interrumpido un diálogo entre dos personas. Porque eso es también el canon: la relación de un lector y un escritor individual.



Sería saludable pensar en términos absolutos. La chica o el chico que tenemos enfrente o en nuestras cabezas no tendrá otra oportunidad. En su casa no se lee literatura, no puede seguir como nosotros una carrera que le



Claudia López es profesora de literatura y escritora. Coordinadora del programa de actualización docente "La UBA y los Profesores" de la Secretaría de Extensión Universitaria (UBA). Autora de *Nada Serio* (Quirquincho), *Tu diccionario ilustrado* (Sudamericana), *La conquista de Olwen* (El Eclipse), *Lengua 4, 5 y 6* (AZ).

garantice un acercamiento a los libros. Está solo frente a nuestro compromiso.

Para cerrar, vuelvo sobre el "canon personal". Hemos construido a lo largo del tiempo una biblioteca. Allí conviven: libros que nos vuelven egoístas y celosos, libros que nunca abrimos, libros que no recordamos, libros que citamos de memoria. Hay libros para el trabajo y otros que nos reservan un paraíso para el tiempo libre. Algunos se desplazan a la mesa de luz, otros mueren bajo un aluvión de apuntes y agendas.

Entre todos hay unos pocos que nos dan una certeza difícil de definir y que nos arrancan el comentario más ingenuo: esto sí es literatura. En estos libros están las claves de nuestras elecciones.

Por alguna razón somos adultos que seleccionamos literatura para chicos. Pensemos primero en qué es la literatura para nosotros, ¿es necesaria?, ¿es insustituible?, ¿qué tiene este discurso que no tengan los otros?, ¿en qué nos hace crecer?, ¿de qué nos libera y a qué nos compromete?

Nadie nos garantiza qué pasará con un texto. Sabemos sólo que habrá una respuesta. Y todas las respuestas son buenas en literatura. Tampoco sabemos cuándo responderán.

Como Aristófanes de Bizancio, una empresa colosal nos espera, confiemos en que no estamos trabajando para el polvo ni para el viento.



A . L . I . J . A .

(Asociación de Literatura Infantil y Juvenil de la Argentina)
Sección Nacional del IBBY (International Board on Books for Young People)

**Más de 10 años en la promoción de la literatura
para niños y jóvenes**

CC N° 2995 Correo Central • Buenos Aires

La campanita de plata

En una aldea, cerca del mar, vivía una vez, en un templo, un buen monje viejo. Por sobre todas las cosas amaba sentarse en la veranda y contemplar las olas. Y para no sentirse demasiado solo, había instalado, sobre el techo, por encima de la veranda, una campanita de plata. Estaba sujeta a una ancha tira de papel sobre la cual alguien había copiado un poema maravilloso. Bastaba que el viento soplara un poco —y junto al mar el viento sopla casi siempre— para que el papel se agitara y la campanita tintineara agradablemente.

El viejo monje sentado en la veranda contemplaba el mar, escuchaba el sonido cristalino de la campanita de plata y sonreía de placer.

En la misma aldea vivía también el boticario Mohei. Hacía mucho tiempo que lo perseguía la mala suerte; ninguna cosa que emprendiera tenía éxito y estaba tan afligido que ya no sabía qué hacer.

Con su pesar a cuestas, un día se puso en camino para hacerle una visita al viejo monje y pedirle consejo. Cuando vio al monje sentado, lleno de satisfacción, sobre la veranda y escuchó el dulce sonido de la campanita de plata, descubrió que también él sería feliz si pudiera estar sentado en su propia veranda escuchando la campanita.

Reflexionó un momento y le pidió al monje que se la prestara sólo por un día.

“¿Por qué no?” dijo el monje con amabilidad. “Pero no te olvides de devolvérmela mañana por la mañana, porque sin la campanita me sentiría muy triste.”

Mohei le dio las gracias respetuosamente y prometió devolverla sin falta al día siguiente. Después regresó a su casa y la colgó encima de su veranda. La campanita comenzó a tintinear y el corazón de Mohei se sintió aliviado, ligero. El mundo le pareció de pronto tan hermoso que se puso a bailar.

Al día siguiente el monje estaba de muy mal humor desde el amanecer. Una y otra vez se asomaba al camino para ver si el boticario llegaba. Pero Mohei no venía. Una hora pasó así, después otra, y como al mediodía el boticario no había regresado con la campanita, el monje llamó a su discípulo Taro y le ordenó: “Ve corriendo a la aldea, a la casa del boticario Mohei. Él se llevó ayer mi campanita de plata y debía devolverla esta mañana. Recuérdaselo y dile que espero con impaciencia.”

Taro corrió hacia la casa del boticario, pero apenas llegó al jardín se detuvo, sorprendido. Escuchó el tintineo alegre de la campanita y vio que el boticario bailaba en el jardín agitando las mangas y los faldones del traje. Taro no sabía cómo encararlo. De pronto, se sintió a su

vez tan feliz que se puso a bailar.

Pasó una hora, y otra... El boticario no había venido, Taro no había vuelto. El viejo monje sacudía la cabeza con disgusto y, como se entristecía cada vez más, llamó a su segundo discípulo, Djiro, y le ordenó:

“Ve corriendo a la casa de boticario Mohei y dile que me devuelva mi campanita de plata. Y si, de camino, te encuentras con Taro, dile que debería avergonzarse por obedecer tan mal a su maestro.”

Djiro corrió tan rápido como sus piernas le permitían. Al entrar al jardín del boticario escuchó un tintineo alegre y vio, para su sorpresa, al boticario y a Taro bailando en el jardín. Y antes de que pudiera decidir si debía primero reprender a Taro por su olvido o recordarle al boticario devolver la campanita, su sumó al ritmo de la danza y se olvidó del mundo.

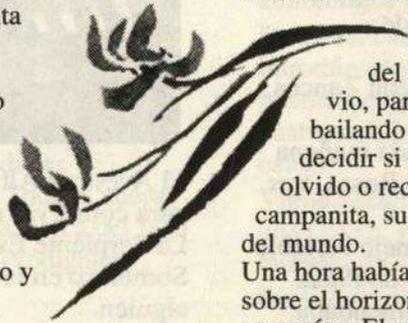
Una hora había pasado, después otra... El sol descendía sobre el horizonte. Pero ni el boticario ni los discípulos aparecían. El viejo monje no encontraba explicación. Repentinamente se puso tan triste como jamás lo había estado. Por fin, no soportó más, se calzó las sandalias y marchó él mismo a la casa del boticario.

A punto de trasponer la puerta del jardín escuchó el dulce tintineo de su campanita amada y risas felices. Al entrar vio al boticario y a sus dos discípulos tomados de la mano. Bailaban haciendo rondas, primero hacia un lado, luego hacia el otro, y una sonrisa de contento iluminaba sus caras.

El monje sacudió la cabeza y no supo cómo explicar el fenómeno. Pero eso no duró mucho. De pronto, su tristeza se desvaneció, sus pies comenzaron a moverse solos, el monje sonrió al boticario, tendió una mano a Taro y otra a Djiro, luego siguieron bailando los cuatro. ¿Y cómo sigue este cuento? Bueno, para averiguarlo deberíamos enviar a alguien al jardín del boticario. Pero no es seguro que vuelva. Porque apenas escuche el sonido alegre de la campanita y vea a las cuatro personas bailando en el jardín, olvidará todo y se unirá a ellos. Entonces deberíamos enviar una segunda persona, y una tercera, y una cuarta...

Finalmente no nos quedaría otra solución que ir nosotros mismos, y nos pondríamos a bailar también. Y eso no es posible. No es posible que todos los hombres se pongan a bailar. Entonces, mejor no mandemos a nadie a casa del boticario, y vayámonos, sabiamente, a dormir.

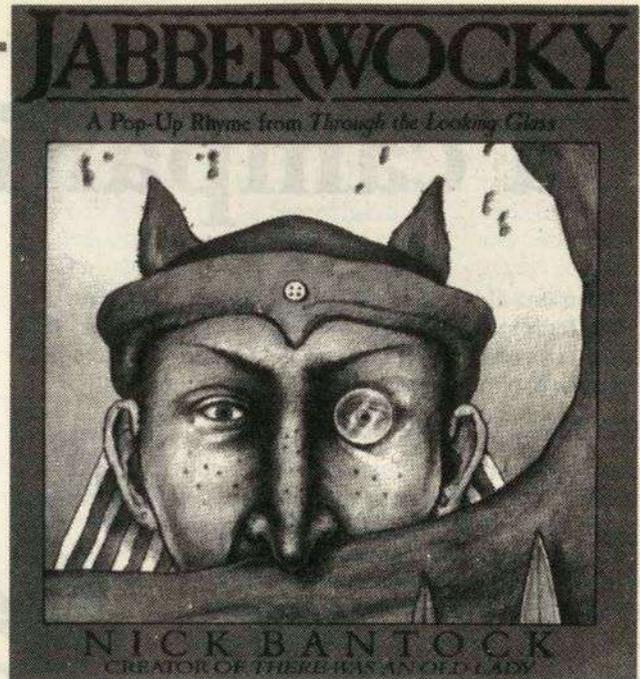
Cuento popular japonés recogido en una antología checa por Miroslav Novák y Zlata Cerná, traducido al francés (*Contes japonais*, Ed. Grund, París, 1970). Versión del francés al español, Ema Wolf.



Bestiario

por Edward Lear

El Asno Absolutamente Abstemio, que habitaba en un Barril, y vivía exclusivamente de Agua de Seltz y de pepinos adobados.
 El Pato Engañancios, que apresaba Ranas moteadas para la cena, con un Cucharón Roncero.
 El Elefante Entusiasta que atravesaba las aguas en una Chalana con un Atizador y un par de Pendientes.
 El Pez Zancarrón que siempre andaba con Zancos, porque no tenía piernas.
 El Jilguero Juicioso y Jubilante, que cada mañana se adornaba el moño con un Corona de Rosas, tres Plumas, y un Alfiler de Oro.
 El Indio Invencionero, que cazó un Conejo Notable por medio de un extraordinario Cacillo de Plata.
 La Langosta Mañosa e Instruida que remendaba sus vestidos con una Hebra y Agujas.
 El Papagayo Purpúreo y Perpendicular que leía el Periódico con sus Gafas, y comía una Tarta de Chirivia.
 La Vana y Avinagrada Codorniz que fumaba una Pipa de Tabaco subida a una Tetera.



El Avestruz Altivo y Adornado que usaba Botas para conservar completamente secas las patas.
 La Serpiente Espiraloide que siempre llevaba un Sombrero en la cabeza, por miedo a morder a alguien.
 La Tortuga Tumultuosa y Tamborilera que tamborileaba un Tambor todo el santo día en medio del yermo.
 El Buitre Visiblemente Vicioso, que escribía Versos en honor de una costilla de ternera, en un Volumen encuadernado con Vitela.

Flora

El Arbol de los Cepillos

Este fenómeno natural, de los más útiles, no produce muchos cepillos para vestidos, lo que explica por qué los susodichos objetos se venden tan caros. Es superfluo, me parece, extenderse sobre la naturaleza toticepillosa de esta legumbre extraordinaria.

El Arbol de los Cometas

Es una legumbre pavorosa y terribie cuando un viento furibundo agita juntos todos los cometas. No me parece que haya de tener el árbol un uso particular en nuestra sociedad, pero sería frecuentado por los muchachos si supiesen dónde crece.

El Arbol de las Galletas

Esta notable producción hortícola no ha sido nunca descrita o definida. Como no se da ni en las cercanías de los llanos, ni en las del océano, las montañas, o los valles o los caseríos, su lugar favorito aún no ha sido determinado. Cuando las flores caen y el árbol se hace pedazos en galletas, el efecto no es desagradable, por poco apetito que se tenga. Si las galletas crecen a pares, crecen solas, y si caen, no permanecen péndulas.

El Arbol de los Tenedores

Este árbol agradable, fértil en sorpresas, no crece a más de 463 pies de altura. No se tiene noticia de ningún ejemplar que hasta ahora haya dado más de 40.000 tenedores de plata de golpe. Si se le sacude violentamente, es probable que numerosos tenedores acaben por caer y, en caso de vendaval, es posible que todos los tenedores entrechoquen horrorosamente, o emitan un tintineo capaz de seducir los oídos menos melómanos.

Recetario insensato

(Extracto de la "Gaceta del Disparate"
de agosto de 1870)

Interesarán sin duda a nuestros lectores las siguientes comunicaciones debidas a la pluma de nuestro docto y apreciado colaborador, el Profesor Boberías, cuyos trabajos en el campo de la ciencia culinaria y botánica son conocidos en todo el mundo. Los primeros tres artículos bien se hacen acreedores al derecho de figurar en la cocina doméstica de toda familia. Los siguientes reclaman la atención del común de los botánicos, y nos sentimos muy felices de poder presentar a nuestros lectores, gracias a la amabilidad del Sr. Boberías, algunas de las ilustraciones de sus descubrimientos. Toda la nueva flora se halla en el valle de Mojiganga, cerca del lago Estrambote y en la cima del cerro de Prodigalia.

TRES RECETAS PARA LA COCINA DOMESTICA

COMO HACER UN PASTELON DE AMIBLONGOS

Coja cuatro libras (o sea 4 libras 1/2) de amiblongos frescos y póngalos en una cazuela pequeña. Cúbralos de agua y hiérvalos ininterrumpidamente por espacio de ocho horas, después de lo cual añada cinco cuartillos de leche fresca y proceda a hervirlos durante cuatro horas más. Una vez que se ha asegurado de que los amiblongos se han reblandecido, sáquelos y colóquelos en una sartén grande, sin olvidarse de agitarlos bien antes de hacerlo.

Edward Lear (1812-1889) es, junto con Lewis Carroll, un exponente del típico humor inglés del sinsentido nonsense. Lear se ganó la vida como dibujante. La técnica del disparate lo llevó al hallazgo del limerick, modalidad de poemas de cinco versos que desafían toda convención. Una muestra de su prosa absurda, estos textos extraídos de *Disparatarario* (selección y prólogo de Cristóbal Serra, E. Tusquets, Barcelona, 1984).

Espolvoree un poco de nuez moscada sobre la superficie y cúbrala cuidadosamente de pastelillos de jengibre molidos, "curry" en polvo y una unidad apropiada de pimienta de Cayena.

Lleve la sartén a la habitación de al lado y deposítela en el suelo. Tráigala de nuevo y hiérvala a fuego lento durante tres cuartos de hora.

Remueva violentamente la sartén hasta que todos los amiblongos hayan adquirido un tono púrpura pálido. Después, cuando haya preparado la pasta, introdúzcalo todo cuidadosamente, añadiendo al mismo tiempo un pichoncillo, dos rodajas de buey, cuatro coliflores y un número indeterminado de ostras.

Vigile pacientemente hasta que empiece a aparecer una costra, y añada una pizca de sal de vez en cuando.

Sírvalo en un plato limpio y arrójelos todo por la ventana tan pronto como le sea posible.

COMO HACER EMPANADILLAS CLAROLUCIDAS

Coja un cerdo de tres o cuatro años de edad y átelo por la parte trasera a un poste. Ponga cinco libras de grosellas, tres de azúcar, dos cuartillos de guisantes, dieciocho castañas asadas, una bujía y seis celemines de nabos a su alcance; si llega a comerse todo esto, vaya continuamente suministrándole más. Procúrese después algo de nata, unas lonchas de queso de Cheshire, cuatro resmas de papel tamaño folio y un paquete de alfileres negros. Haga con esta mezcla una pasta y extiéndala para que se seque sobre una mantelería limpia de lino marión impermeable.

Cuando la pasta está completamente seca –y nunca antes de que lo esté– proceda a golpear violentamente el cerdo con el mango de un escobón. Si chillar, golpéelo de nuevo. Alternativamente vaya vigilando la pasta y golpeando el cerdo durante algunos días y cerciórese de que, al final de este lapso, la mezcla está a punto de convertirse en empanadillas clarolúcidas. Si no lo hace entonces, ya no lo hará nunca; en este caso puede usted soltar el cerdo y también considerar todo el proceso finalizado.

Los poetas a sus hijos



Mi hija se viste y sale

El perfume nocturno instala su cuerpo
en una segunda perfección de lo natural.
Por la gracia de su vida
la noche comienza azul y el cuarto iluminado
es una palpitación de joven felino.
Ahora se pone el vestido
con una fe que no puedo imaginar
y un susurro de seda la recorre hasta los pies.
Entonces gira
sobre el eje del espejo, sometida
a la contemplación de un presente absoluto.
El instante se desplaza hacia otro,
un dulce desorden se inmoviliza en torno
hasta que un chasquido de pulseras al cerrarse
anuncia que todas mis opciones están
resueltas.
Ella sale del cuarto, ingresa
a una víspera de música incesante
y todo lo que yo no soy la acompaña.

Joaquín O. Giannuzzi

(argentino, 1929)

de: *Principio de incertidumbre*

Nanas de la cebolla

(Dedicado a su hijo, a raíz de recibir una carta de su mujer, en la que le decía que no comía más que pan y cebolla)

La cebolla es escarcha
cerrada y pobre.
Escarcha de tus días
y de mis noches.
Hambre y cebolla,
hielo negro y escarcha
grande y redonda.

En la cuna del hambre
mi niño estaba.
Con sangre de cebolla
se amamantaba.
Pero tu sangre,
escarchada de azúcar,
cebolla y hambre.

Una mujer morena
resuelta en luna
se derrama hilo a hilo
sobre la cuna.
Ríete, niño,
que te traigo la luna
cuando es preciso.

Alondra de mi casa,
ríete mucho.
Es tu risa en tus ojos
la luz del mundo.
Ríete tanto
que mi alma al oírte
bata el espacio.

Tu risa me hace libre,
me pone alas.
Soledades me quita,
cárcel me arranca.
Boca que vuela,
corazón que en tus labios
relampaguea.

Es tu risa la espada
más victoriosa,
vencedor de las flores
y las alondras.
Rival del sol.
Porvenir de mis huesos
y de mi amor.

La carne aleteante,
súbito el párpado,
el vivir como nunca
coloreado.
¡Cuánto jilguero
se remonta, aletea,
desde tu cuerpo!

Desperté de ser niño:
nunca despiertes.
Triste llevo la boca:
ríete siempre.
Siempre en la cuna,
defendiendo la risa
pluma por pluma.

Ser de vuelo tan lato,
tan extendido,
que tu carne es el cielo
recién nacido.
¡Si yo pudiera
remontarme al origen
de tu carrera!

Al octavo mes ríes
con cinco azahares.
Con cinco diminutas
ferocidades.
Con cinco dientes
como cinco jazmines
adolescentes.

Frontera de los besos
serán mañana,
cuando en la dentadura
sientas un arma.
Sientas un fuego
correr dientes abajo
buscando el centro.

Vuela niño en la doble
luna del pecho:
El, triste de cebolla,
tú, satisfecho.
No te derrumbes.
No sepas lo que pasa
ni lo que ocurre.

Miguel Hernández

(español, 1910-1942)

de: *Antología (Selección y prólogo de María de Gracia Ifach)*

Palabras para Julia

Tú no puedes volver atrás
porque la vida ya te empuja
como un aullido interminable
interminable...

Te sentirás acorralada
te sentirás perdida o sola
tal vez querrás no haber nacido
no haber nacido...

Pero tú siempre acuérdate
de lo que un día yo escribí
pensando en ti, pensando en ti
como ahora pienso...

La vida es bella, ya verás
como a pesar de los pesares
tendrás amigos, tendrás amor
tendrás amigos...

Un hombre solo, una mujer
así tomados de uno en uno
son como polvo no son nada
no son nada...

Entonces siempre acuérdate
de lo que un día yo escribí
pensando en ti, pensando en ti
como ahora pienso.

José Agustín Goytisolo
(español, 1928)
Música: **Paco Ibáñez**

La hija

Ella es alegre como la luz
que gira para verla,
conversa mucho con el aire,
sube como el verano.

Danza en la soledad
para hacerla recuerdo.

Prueba que el mundo canta,
construye mi inocencia.

Juan Gelman
(argentino, 1930)
De *El juego en que andamos*

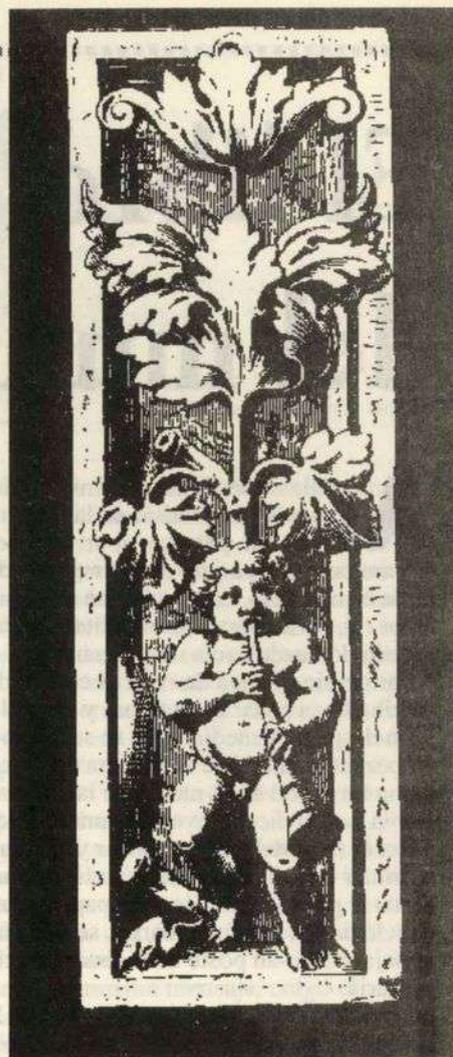
Salzanitos

Mis hijos serán trompetistas o no serán nada
les prohibo cirujanos arquitectos
mucho menos banqueros hombres
de la bolsa
serán
trompetistas maravillas desde chicos
en el zapato de reyes la corchea
en el otro zapato el de
las fucsias
Después les compro la bolsa
la vida
les doy almanques de caballos
les compro aparatos con cosquillas
les pongo contra el cielo
les explico de dios y de Louis Armstrong
Mis hijos serán
descalzos errabundos detenidos
palpados de uno o más amores
les encontrarán es claro
la trompeta.

Andarán por tiovivos con palabras giratorias
tendrán amigos enemigos examigos
tendrán que empeñar su palabra su café
pero no empeñarán nunca su trompeta

les diré
una trompeta es una trompeta
les compraré una gamuza de gamuza
les haré escribir BIX en los retretes
eso haré
eso serán.
Y aquí va mi testamento
les dejo un repertorio de tristezas
úsenlas de vez en cuando
el día de mi muerte vayan todos al entierro
lleven sacos colorados
lleven la trompeta
toquen rosa madre selva
algún otro blues
pero cuidado lleven las bufandas
en los cementerios se muere de amor y de frío
y yo los amo tanto.

Daniel Salzano
(argentino, 1943)
Música: **Mario Oyarbide**.
de: *Voces y Fragmentos (antología de poesía argentina - Jorge Bocanera)*



El libro más maravilloso del mundo

por Graciela Pérez Aguilar

Aquella tarde, Juan Luis miraba llover con la nariz apoyada en el vidrio de la ventana de su cuarto. Estaba tan, pero tan aburrido que no tenía fuerzas ni para pensar en cómo divertirse. Era domingo a la tarde en el barrio, en la calle, en su habitación, en todos lados. Y, para colmo, las malditas paperas lo tenían encerrado desde hacía una semana.

Al principio, la idea de no ir al colegio le había resultado fascinante, a pesar de la fiebre y del dolor de garganta. Pero después, a medida que se sentía mejor, había empezado a aburrirse como una ostra, como un hongo, como un ombú en el medio de la pampa.

Había hecho diecinueve mil puntos en el Tetris, llegado hasta el final del Castle Master y estaba a punto de terminar con el Prince. Había visto dibujos hasta hartarse porque, gracias a las paperas, tenía canilla libre de televisión. Y, sin embargo, se aburría como una almeja, como un poste de videocable, como una lombriz solitaria.

De pronto, sonó el timbre de la puerta. Juan Luis escuchó los pasos de su mamá, unas voces, el sonido de las llaves en la cerradura y nuevamente los pasos de su mamá que se acercaban.

—Juan, mirá lo que trajeron— dijo la mamá entrando en la habitación. —Están haciendo una promoción de libros para chicos y dejaron esta muestra.

Juan Luis tomó el libro y leyó el título escrito en letras negras llenas de firuletes: *EL LIBRO MAS MARAVILLOSO DEL MUNDO*. Las tapas estaban en blanco. Lo abrió y leyó, en la portada, unas palabras que decían: "SOLO PARA CHICOS INGENIOSOS Y ABURRIDOS". Las páginas siguientes tenían recuadros vacíos debajo de los cuales había líneas, como para escribir.

—Te dejo un rato solo— dijo la madre, y agregó —Voy hasta la casa de tu abuelita porque necesita que le haga unas compras. No salgas a la calle, que todavía estás convaleciente y te puede hacer mal. Cualquier cosa, me llamás allá o le hablás a papi al trabajo. ¿Vas a estar bien?

Juan dijo que sí mientras hojeaba el libro y, cuando quiso acordarse, la mamá ya se había ido. No se explicaba qué era lo maravilloso que prometía el título en letras llenas de firuletes. Era insólito que sólo tuviera espacios en blanco. Primero buscó alguna tecla electrónica que activara sonidos. Después mojó una página pensando que era de esos libros que tienen

pigmentos que se colorean con agua. Luego probó raspar la superficie con una moneda y finalmente le pasó un lápiz para ver si aparecía alguna figura en relieve, pero nada.

Juan dejó el libro sobre la cama y volvió a pegar la nariz contra el vidrio de la ventana. Afuera y adentro seguía siendo domingo y seguía lloviendo. Volvió a aburrirse como el último mohicano, como el Polo Norte, como el abominable hombre de las nieves.

En el living, hizo zapping por todos los canales del videocable, se quedó un rato viendo dibujitos de Tom y Jerry y después apagó el televisor. Volvió a su habitación y prendió la computadora para jugar al Tetris por milésima vez. Llegó a diecinuevemil setecientos ochenta y dos puntos en el nivel nueve y se anotó en el Hall of Fame como "Big John".

Después regresó a la ventana y volvió a aburrirse. Como un año bisiesto, como un ornitorrinco de zoológico, como Robinson Crusoe en un día feriado.

Finalmente, se sentó en la cama y abrió el "libro más maravilloso del mundo". Sacó un lápiz del cajón de la mesa de luz y dibujó sin ganas unos garabatos en el recuadro blanco de una página. En la línea de abajo puso su nombre: Juan Luis. Iba a cerrar el libro para ir a buscar un vaso de Coca cuando vio que el recuadro blanco empezaba a colorearse. Debajo de los garabatos aparecía un dibujo, al principio muy difuso y que después se hacía más nítido. Era un chico

asombrosamente parecido a él, sentado sobre una cama y con un libro en la mano. Mientras lo miraba aparecer, le dio un poco de miedo. Pensó un momento y en la página enfrentada dibujó otro garabato. No pasó nada. Enseguida escribió "perro marrón" en la línea de abajo. Y por debajo del garabato empezó a dibujarse un

ovejero con collar y todo. Juan Luis dio vuelta la página y ya no se molestó en hacer garabatos. Directamente escribió: "árbol con gato". Y miró aparecer un bonito jacarandá con un minino blanco y negro trepado a una de las ramas. Después escribió: "moto y auto rojo", "florero azul sobre una mesa" y "selva con monos". Todo apareció dibujado con colores maravillosos.

A esta altura, Juan ya se había olvidado de la lluvia, del domingo y de las paperas. Escribió "John Lenon" y no pasó nada, hasta que se dio cuenta de que faltaba una "n" y la agregó. Entonces apareció una foto de John Lennon a todo color. Así siguieron los Rolling Stones,

Maradona y Bart Simpson. Cuando se cansó de la música, los deportes y los dibujos escribió, para ver qué pasaba, "Silvina". Y miró, otra vez sorprendido, la foto de su compañerita de grado. Con trenza, campera celeste, ojos verdes y todo. En la página siguiente escribió "Juan y Silvina". Y aparecieron los dos con el fondo del patio del colegio.

De nuevo le dio un poco de miedo sin saber por qué y decidió probar con otras cosas. Escribió "Un oso feroz ataca a un lobo en la montaña". No pasó nada hasta que lo pensó mejor, borró la "s" y puso "z" en "feroz". Evidentemente, el "libro maravilloso" también hinchaba con la ortografía.

Había pasado como una hora y Juan volvió a acordarse de que tenía ganas de tomar Coca. Mientras cerraba la heladera con el vaso en la mano, pensó algo más. Volvió a su habitación y escribió en las líneas de abajo de un recuadro en blanco: "Un hombre se transforma en hombre lobo". Esta vez, apareció primero la cara de un señor muy respetable parecido a su tío Luis, con saco y corbata, que unos segundos después comenzó a desplegar pelos hirsutos y colmillos. Antes de que se convirtiera por completo en hombre lobo, Juan dio vuelta la página y escribió rápido: "Un hombre lobo se transforma en hombre".

Esperó a que el último pelo desapareciera de la cara de su tío Luis impresa a todo color y escribió en la página siguiente: "Una casa lúgubre". "Lúgubre" era una palabra que había aprendido en la clase de lengua y le sonaba bien, pero no se daba mucha cuenta de lo que quería decir. Cuando apareció una casa medio destruida y de color azul tétrico, envuelta en lampones de niebla gris, le pareció que era justo lo que él se había imaginado.

Reflexionó un instante y decidió que valía la pena hacer un experimento. Escribió de corrido en el espacio que había al pie de la casa:

"Un horrible monstruo sale de la casa lúgubre."

El monstruo que salió de la casa era realmente horrible. Cuando apareció el horrible monstruo por la puerta desvencijada, Juan, repentinamente muy interesado, escribió:

"El monstruo sale del libro y destruye la escuela."

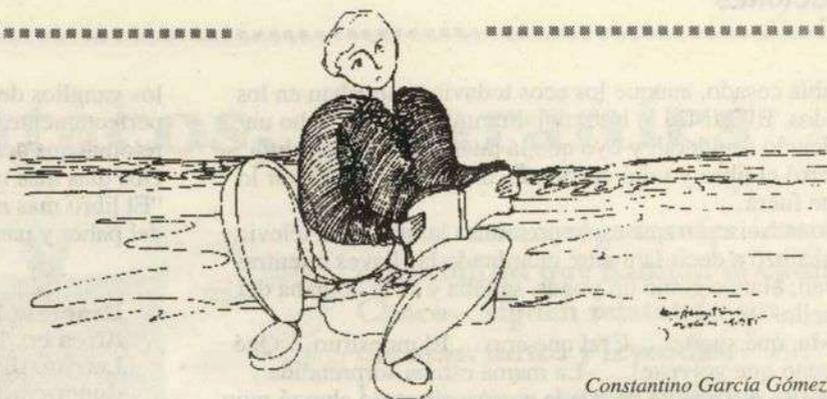
Poco a poco, el monstruo se fue esfumando de la página. No pasó nada y a Juan le pareció que se había quedado demasiado corto. Por eso, escribió:

"El monstruo sale del libro y destruye el mundo."

Tampoco pasó nada y, entonces, Juan Luis cerró el libro y lo tiró sobre la cama. Otra vez estaba aburrido y se sentía más solo que no sé qué. En la penúltima página del libro, escribió:

"San Lorenzo gana el campeonato."

Fue de nuevo hasta la ventana y miró la calle que el domingo había dejado vacía. Después trató de prender la radio para escuchar los resultados del partido, pero seguramente se había quedado sin pilas porque estaba



Constantino García Gómez

muda. Encendió la tele y no pudo sintonizar ningún canal. ¿Otra vez se habría desconectado la antena del videocable?

Le dio miedo y descolgó el teléfono para llamar a su abuela. Como pasaba cada dos por tres, no había tono. Pensó en tomar el colectivo e ir hasta su casa, pero la mamá le había recomendado que no saliera a la calle porque estaba "convaleciente" y eso podía ser terrible. Entonces, marcó el número del trabajo de su papá. Esta vez sí había tono y, después de dos trrr, trrr, apareció una voz cordial que decía:

–Usted se ha comunicado con Asperoil Incorporada, espere un segundo, por favor.

Juan escuchó la musiquita y esperó bastante más de un segundo. Hubo un sonido de llamada y, al cabo de un rato, volvió a escuchar la voz cordial:

–Usted se ha comunicado con Asperoil Incorporada, espere un segundo, por favor.

A la cuarta vez de oír el mismo mensaje, colgó el teléfono. Caía el sol y Juan Luis se sintió asustado en serio. Salió al palier del departamento y tocó el timbre del 4° C. Se oía el ruido del lavarropas pero nadie lo atendió. Golpeó la puerta del 4° A, y tampoco.

Con el corazón latiéndole a mil por horas bajó en el ascensor hasta la portería y llamó a Demetrio, el encargado. Demetrio "siempre" estaba en casa los domingos, y ante la falta de respuesta, Juan se dio cuenta de que había pasado algo terrible. Pensó un momento y subió de nuevo en el ascensor los cuatro pisos.

Mientras subía, le pareció escuchar un ruido, bummm... bummm... BUMMM, primero lejano y luego cada vez más próximo. Era como si cien mil personas saltaran al mismo tiempo sobre un tambor inmenso. O como si se fueran desplomando edificios de veinte pisos, uno detrás del otro. O como si un inmenso ser de otro mundo diera pasos gigantescos hundiendo el asfalto y triturando los árboles y los autos que encontraba en su camino.

El ruido se acercaba cada vez más, haciendo temblar las paredes del palier. Juan abrió la puerta del departamento y corrió por el pasillo, hacia su habitación. Casi sin aliento, fue hacia la biblioteca y sacó el "Libro más maravilloso del mundo". Quedaba la última página en blanco y manoteando el lápiz, que se le escapaba de entre los dedos, alcanzó a escribir:

"No es cierto que el monstruo destruyó el mundo."

Unos segundos después, se dio cuenta de que el ruido

había cesado, aunque los ecos todavía le sonaban en los oídos. BUMMM... bummm, bummm. Luego, hubo un silencio sepulcral, y oyó que la puerta de calle se abría. Cerró el libro y salió corriendo, dispuesto a enfrentar lo que fuera...

—Juan Luis, por qué están prendidas la radio y la televi... —alcanzó a decir la madre guardando las llaves mientras Juan, blanco como un yogur, saltaba y se le colgaba del cuello.

—Ma, qué suerte!... Creí que eras... El monstruo... Qué bueno que volviste!... —La mamá estaba sorprendida pero se dio cuenta de que le pasaba algo y lo abrazó muy fuerte. Mientras tanto, por la radio, que había vuelto a funcionar junto con el televisor anunciaban que, finalmente, San Lorenzo había ganado el campeonato. Esa tarde, la mamá llamó al médico porque seguramente Juan había tenido una recaída de las paperas y la fiebre había hecho que se imaginara monstruos que destruyan el mundo. El médico, después de tomarle el pulso y tocarle

los ganglios del cuello, le aseguró que estaba perfectamente bien y que en cuarenta y ocho horas podía retomar sus actividades normales.

Dos días más tarde, a las ocho de la mañana, Juan dejó "El libro mas maravilloso del mundo" en el incinerador del palier y partió rumbo al colegio.

Graciela Pérez Aguilar nació en Buenos Aires en 1947. Egresada de la carrera de Letras, durante muchos años ejerció la docencia, dedicándose luego al trabajo editorial. Ha escrito gran cantidad de artículos sobre literatura infantil, juegos y creatividad. Es autora de *El constructor de sueños*, novela de ciencia ficción. En *Los dragones y otros cuentos* realizó un trabajo de recopilación de cuentos breves y extraordinarios de Oriente y Occidente.

El arquitecto

por Chaval

La criada del arquitecto fue a decirle a su patrón que un tal señor Augereau deseaba verlo lo antes posible.

—Pídale que espere un momento —respondió el arquitecto que estaba almorzando.

Alrededor de media hora más tarde el arquitecto recibió al señor Augereau. Este le pidió los planos de un inmueble que aquél había construido tres años antes.

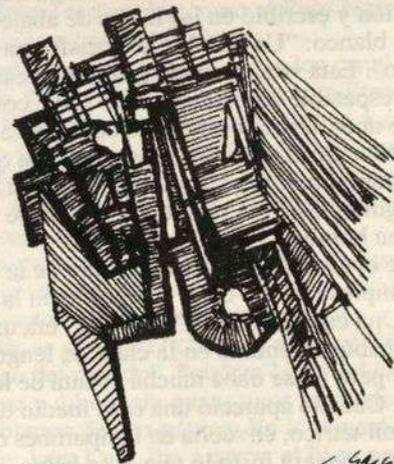
—Señor —le dijo el arquitecto— ¿puedo saber para qué desea esos planos?

El señor Augereau le informó que su bebé, de pocos meses, había caído en el tubo del incinerador y que los planos serían útiles para practicar aberturas en la mampostería en los lugares donde se suponía que el niño podía haberse trancado.

Al arquitecto le asombró que el señor Angereau no hubiese llamado a los bomberos. El señor Angereau le dijo que había enviado un telegrama a ese organismo, el cual, cuatro días después, le respondió que debía dirigirse, en primer lugar, al administrador del inmueble. Este último respondió que no se podía hacer nada sin el plano y era por esa razón que se había permitido escribirle para pedirle una entrevista. Agregó que había llegado con un poco de adelanto en razón de lo urgente de la situación.

—Es verdad —dijo el arquitecto—, es muy urgente y es de temer que su bebé tenga hambre.

Chaval (1915-1968). Escritor francés de quien se afirma que "su biografía son sus dibujos ilustrados con textos del autor". *Les gros chiens* (Los grandes perros), pequeño volumen de sus escritos, al cual pertenece "El arquitecto", es de 1967. (De Humor y terror, antología a cargo de Julio Pérez Millán. Buenos Aires, CEDAL, 1981)



Constantino García Gómez

—¿Hambre? No lo creo —dijo el señor Augereau— porque le echamos varios litros de leche pasterizada y un poco debe de haber tragado; por lo menos como para aguantar hasta que lleguen los albañiles.

—¿No cree que el niño puede haberse lastimado al caer? —preguntó el arquitecto. —Los diarios dicen que no —respondió el señor Augereau.

En ese caso, no hay apuro —dijo el arquitecto—. Yo también soy padre de familia y mañana, justamente, tengo que llevar a mi mujer y a mis hijos a La Boule. Me quedaré sólo un día con ellos y estaré de regreso el miércoles próximo. Haré que, mientras tanto, mi secretaria busque los planos del edificio. Puede llamarla por teléfono el jueves a la mañana. Supongo que es lo mejor que podemos hacer. El señor Angereau le dio las gracias al arquitecto y se retiró tranquilizado.

Tobas, maticos, guaraníes

Cuentos y leyendas de los indios

por **Gustavo Roldán**

cuentan en wichí, en toba, en guaraní, la forma natural de comunicación que no logró destruir la conquista en cinco siglos. El castellano es apenas una exigencia de los que mandan, y es usado para responder a una necesidad de comunicación con los blancos. Pero las leyendas se cuentan en el idioma nativo. Como especial y amistosa consideración lo hacen en castellano, quizás dejando en el camino más de una idea intraducible.

Escuchar sus narraciones es redescubrir una visión de la naturaleza de los tobas, maticos o guaraníes, esa relación con el árbol y el río, con el pájaro y el fuego, con el sol y con el pez. También es acercarse a una manera de comprender el mundo que vale la pena poner a circular dentro de nuestra cultura –como si nuestra cultura fuera otra– casi con urgencia.

Las versiones de estos cuentos fueron recogidas en diversas charlas, detrás de larguísimos prolegómenos, en varias zonas del Chaco, Formosa, Salta, Corrientes y Misiones. En algunos casos se pudo contar con referencias escritas que ayudaron a completar un panorama.

Decir indios, metiéndolos en la misma bolsa, y entender que estamos hablando de todos los hombres que habitaron originariamente este mal llamado “nuevo mundo”, es uno de los errores que nuestra escuela no se ha encargado de corregir.

Seguramente es más cómodo unificarlos por el color de la piel que pensar que fueron naciones diferentes, de distintos orígenes y tradiciones, con costumbres y pensamientos múltiples, a veces naciones enemigas que guerrearon durante siglos. Pero eso sería aceptarlos, y aceptar su existencia, su lengua, su pensamiento, sus creencias, es entrar en complicaciones que tal vez no nos convengan.

Optar por alguna de las versiones de un mismo cuento fue una decisión tal vez arbitraria; traducirlas a la escritura pudo ser un atrevimiento.

Tobas, maticos, guaraníes –entre otros indios que habitan el Gran Chaco–, siguen relatando sus cuentos, mitos y leyendas.

Los cuentan entremezclados con tradiciones populares de herencia europea, sin que nadie sepa con claridad cuáles son los propios y cuáles los ajenos, tal vez porque después de 500 años de convivencia nada puede ser ajeno.

Hoy siguen transmitiéndose casi únicamente de manera oral, como se hizo desde los comienzos. Los

Cuando llegue una paloma blanca (Toba)

No es fácil vivir en la tierra de uno. No es fácil. Por eso muchas veces tuvo que pelear el toba. Muchas veces, y sólo porque el toba quiere vivir en su tierra.

No es fácil vivir en la tierra de uno cuando alguien se la quiere quitar.

Por eso Metzgosché había peleado. Durante tres años vinieron soldados y Metzgosché peleaba mandando a su gente. Levantaba su lanza y atacaba en medio de las balas que no le hacían nada.

Nunca lo alcanzaban las balas.

Nunca podían herirlo.

Y todos los hombres seguían a Metzgosché que mataba soldados con su lanza, y los soldados huían al ver el caballo y la lanza de Metzgosché.

Todos los soldados tenían miedo cuando peleaba Metzgosché.

Y así vinieron soldados una y otra vez.

Durante tres años vinieron y pelearon con el pueblo toba.

Murieron muchos tobas y muchos caballos y muchos soldados. Pero siempre ganaba Metzgosché.

Entonces llegaron los barcos.

Por el río Bermejo llegaron.

Lo peor fue cuando llegaron los barcos. Desde lejos llegaron, dicen que desde un lugar que se llama Buenos Aires, que queda muy lejos. Llegaron llenos de soldados, llenos de armas, llenos de cañones. Armas grandes tenían, muchas y poderosas. Los tobas también tenían sus armas, arcos y flechas y lanzas, pero no alcanzaban para pelear con el fusil y el cañón. Y llegaron muchos hombres. Bajaban de los barcos y bajaban y bajaban, se veía que eran muchos hombres armados. Muy armados.

Entonces fue que hablaron los jefes.

Hablaron Metzgosché, el jefe toba, y el jefe blanco.

Y el hombre que había bajado de los barcos propuso que se rindieran los tobas. Que se rindieran o que morirían todos.

El hombre blanco hablaba claro y fuerte. No había dudas en las palabras del hombre blanco. Obedecía órdenes y las iba a cumplir, y las órdenes venían muy de arriba, de donde los caciques del hombre blanco mandaban a matar y se lavaban las manos.

Y el hombre de los barcos obedecía. Era claro y fuerte y torpe. Porque sólo sabía obedecer y no sabía pensar.

Pobre jefe ése al que mandaban a que matase a los tobas. Pobres jefes aquellos que no se ensuciaban las manos y mandaban a otros a matar.

Un hombre valiente parecía el hombre de los barcos. No le tenía miedo a la pelea. Pero para qué sirve esa valentía si peleaba sólo porque lo mandaban los que no se ensuciaban las manos. Lástima de hombre.

Hombres y mujeres y chicos morirían. Nada quedaría de la nación toba.

Esa era una elección muy dura. No era bueno rendirse y no era bueno que matara toda la nación toba. Nada era bueno.

Entonces Metzgosché dijo que hablaría con los otros jefes, que tendría que discutir con sus hombres para saber qué hacer. Que entre ellos decidirían si iban a pelear o a pactar un arreglo.

Y Metzgosché habló con sus hombres.

Habló con los otros jefes. Habló con sus hijos, que también eran jefes.

—Peclaremos —dijeron los tobas.

—No será fácil, pero peclaremos. Tal vez nos maten, tal vez los matemos nosotros.

—Si nos rendimos igual nos matarán.

—No hay que creer lo que prometen. Prometen, pero no cumplen.

—Ya nos pasó.

—Nunca cumplieron las promesas.

—¿Cómo viviremos rendidos?

—Peclaremos.

Metzgosché los dejó hablar. Escuchaba y pensaba. Sus hombres decían palabras con sentido, pero él sabía que esta vez era inútil, había visto todas las armas que traían los barcos. Había visto todos los soldados y eran fuerzas muy grandes y la pelea iba a ser muy despareja.

No era una buena pelea.

Escuchaba y pensaba.

No era fácil rendirse. No era fácil.

Entonces habló:

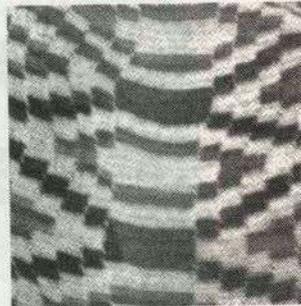
—Rendimos no —dijo Metzgosché—, yo digo pactar.

—¿Qué diferencia hay?

—La dignidad. Podremos conservar la dignidad. No tendremos que agachar la cabeza. Mucho perderemos, pero no la dignidad. Y para tener la dignidad hay que estar vivos. La nación toba debe estar viva.

—¿Qué diferencia hay? Nos quitarán las armas, quién sabe qué más nos quitarán después. Quién sabe qué harán con nuestras mujeres con nuestros hijos.

—El jefe blanco quiere una sola cosa: que yo me



entregue y llevarme como rehén. Todos los demás quedarán libres.

-Es mucho pedir quitarnos el jefe.

-¿Cuál es la dignidad si entregamos a nuestro jefe?

-Te matarán y después volverán a buscarnos.

-No, el trato es claro. Si me entrego los barcos se irán y nos dejarán en paz. Yo estaré prisionero en un lugar que se llama Buenos Aires y algo podré hacer. Y la dignidad es otra cosa, la podemos seguir teniendo dentro de cada uno. Para seguir peleando por nuestra tierra, por este río que es nuestro, por los animales que son nuestros, por los pájaros que nosotros conocemos por su canto.

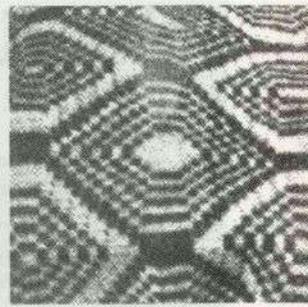
-Te matarán. ¿Cómo sabremos si estás vivo o muerto? ¿Cómo sabremos lo que tenemos que hacer? ¿Cómo sabremos si nos traicionaron?

-Muy lejos estaremos. Y sin un jefe.

-Jefe tendrán. Cuando uno se va otro ocupa su lugar. Y aquí habrá otro que sabrá qué hacer. A mí tal vez me maten, pero tal vez no. Pero siempre habrá otro jefe. La cuestión es resistir, y para resistir hay que estar vivos.

-¿Cómo sabremos si estás vivo o muerto?

-Ustedes sabrán -dijo Metzgozhé-. Yo me encargaré de que lo sepan, porque estaré al lado de ustedes. Y lo sabrán así: si ven pasar una garza blanca quiere decir que estoy vivo, que sigo prisionero pero estoy vivo, esperando volver alguna vez. Pero si un día -miren siempre el techo de este rancho-, si un día ven que allí se posa una paloma blanca, eso quiere decir que me mataron y que nunca podré volver. Pero mientras no llegue...



Metzgozhé, el gran jefe toba, se entregó. Los soldados blancos lo envolvieron en un cuero de buey y lo ataron con una cadena a un barco y lo arrastraron por el río.

Así lo llevaron, arrastrado, envuelto en un cuero de buey.

Arrastrado por el río Bermejo.

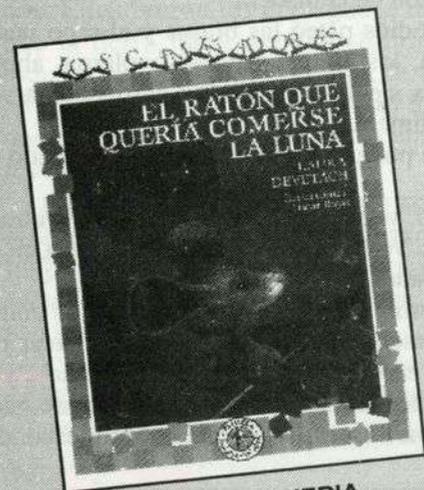
Muchos soles y muchas lunas pasaron desde entonces.

Las garzas pasaron muchas veces.

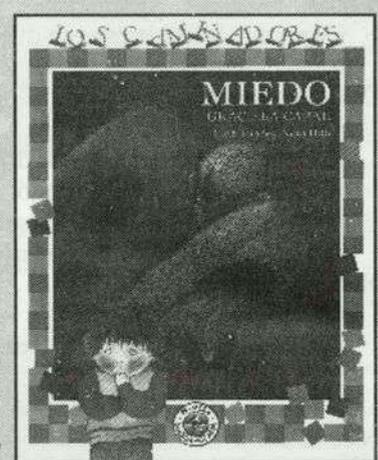
Todavía no llegó la paloma blanca.

Editorial Sudamericana

presenta LOS CAMINADORES



EL RATON QUE QUERIA COMERSE LA LUNA de Laura Devetach Ilustraciones: Oscar Rojas



MIEDO de Graciela Cabal Ilustraciones: Nora Hilb

Editorial Sudamericana

Humberto Primo 531 - (1103) Buenos Aires

☎ (01) 362-1332/1222/1616 - Fax: (01) 362-7364/8875

El origen del fuego (Guaraní)

*Los hombres necesitan el fuego
para que brillen las palabras
en la oscuridad de la noche.
Necesitan el fuego raíz de la vida
guarda del alimento sol del invierno
luz salvadora en la noche del*

jaguar.

*Por eso un dios y un sapo
entregaron el fuego a los*

hombres.

*Y el fuego está escondido
secretamente guardado
en el corazón de la madera.*

*Desde entonces está guardado
en el corazón de la madera.*

*Si los hombres frotan la madera
madera dura madera blanda*

el fuego secreto

profundamente guardado

por un sapo y un dios

alumbrará la noche del jaguar.

Porque los hombres necesitan el

fuego

*que alumbrará las palabras
en el corazón de la noche.*

Solamente los buitres tenían el fuego. Eran los únicos dueños del fuego. A nadie prestaban el fuego y sólo ellos podían cocinar sus alimentos.

Solamente los buitres eran dueños del fuego.

Solamente los buitres.

Solamente.

Eran dueños del fuego.

Entonces un sapo y un dios dijeron:

—Tenemos que robar el fuego.

—Tenemos que robarlo y dárselo a los hombres.

—Yo sé cómo podemos hacerlo —dijo el dios—. Lo robaremos entre los dos.

—Lo robaremos entre los dos —dijo el sapo.

Y los dos planearon el robo del fuego.

El dios se acostó sobre la tierra y se hizo el muerto. Era un hombre muerto el que estaba acostado allí, sobre la tierra.

El sapo se escondió cerca, esperando.

No esperaron mucho. Los buitres saben rápidamente adónde están los muertos. Saben cómo saber. Aunque estén muy lejos, los buitres saben. Son cosas que solamente los buitres saben, pero eso tampoco nunca lo dicen.

En seguida llegaron los buitres y vieron ese cadáver que era mucha comida.

Encendieron el fuego. Un gran fuego encendieron, y pusieron ramas que ardían rodeando ese cadáver, y pusieron ramas encima y lo cubrieron de llamas que iban transformándose en brasas para cocinar su comida.

Cuando hubo suficientes brasas, el dios que parecía un muerto, en un descuido de los buitres, dio una patada haciendo saltar algunas brasas hacia donde estaba el sapo.

Miró hacia donde estaba el sapo, pero el sapo le hizo señas de que no, que no había logrado alcanzar ninguna brasa.

Esperó, el dios esperó un momento más, porque los buitres poseían el poder mientras fuesen los únicos dueños del fuego.

En otro descuido de los buitres volvió a patear, con más fuerza, tirando brasas hacia donde estaba el sapo.

El sapo tragó una pequeña brasa y huyó rápidamente lejos de allí. Y escupió la brasa dentro de un hueco de una rama. Y allí quedó la brasa, guardada en el corazón de la madera.

Y cuando el dios pateó las brasas y el sapo pudo robar una brasa, los buitres huyeron, volaron, ahora convertidos para siempre en buitres destinados a ser buitres que se alimentan de carroña.

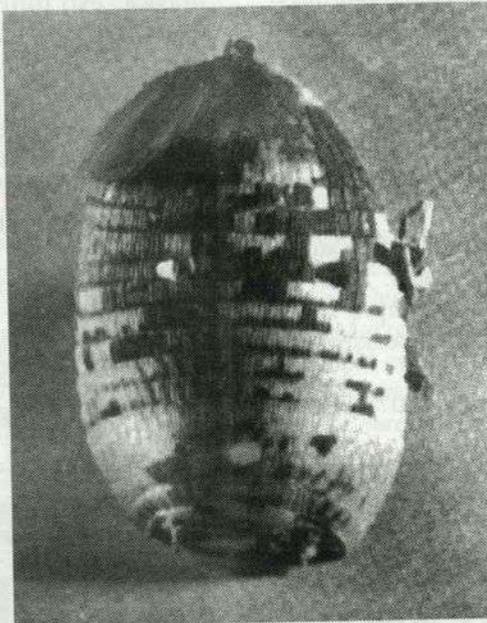
Perdieron su poder ahora que les habían robado el fuego.

El sapo huyó, y escupió la brasa dentro de un hueco en una rama. Y allí quedó la brasa, guardada en el corazón de la madera.

Y les enseñaron a los hombres el secreto de cómo sacar el fuego escondido. Les enseñaron a hacer un pequeño hueco en una madera —madera blanda—, y a frotar con un palo —madera dura—, dentro de ese hueco, hasta que aparezca el fuego que está allí escondido.

Y así los hombres tuvieron el fuego.

Desde entonces tuvieron para siempre el fuego guardado en el corazón de la madera, el fuego que sale desde adentro cuando los hombres frotan dos trozos de madera.



El origen del mundo

(Mataco)

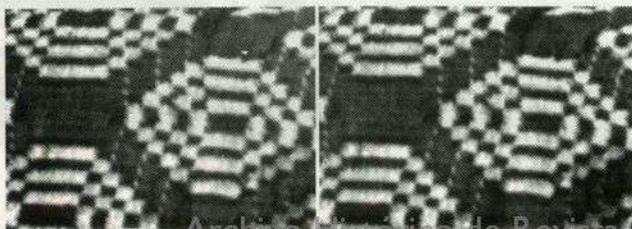


Nitalaj, que es el principio de vida verdadera, cuando quiso crear el mundo, hizo primero la tierra y los vientos.

Los vientos la extendieron para los cuatro costados. Ellos fueron los encargados de extenderla para que la tierra fuera grande. Entonces Nitalaj hizo todo lo Wichí, lo que participa de la vida plena. Hizo las plantas y los árboles, hizo los peces, las aves que no comen carroña, hizo los animales y a los seres humanos Wichí.

Cuando lo Wichí nace es la semilla brotada, el niño recién nacido, el animal que apenas camina. Es poco todavía. Pero cuando la planta empieza a echar hojas, el animal a caminar, las aves a volar, van siendo cada vez más Wichí.

Cuando el árbol da frutos es la plenitud de la vida. Después las ramas se secan y después todo muere.



DOS NUEVOS CONCEPTOS EN LITERATURA INFANTIL

GUSTAVO ROLDÁN

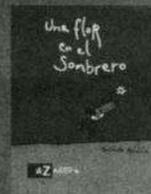
Y LA SERIE DEL TIPITO



CÓMO RECONOCER A UN MONSTRUO



SI USTED VOLARA...



UNA FLOR EN EL SOMBRERO



PARA NOCHES SIN SUEÑO

ISTVAN

Y SUS EXTRAÑAS HISTORIAS



TRABAJO DE AUTOR
Los colores
y otras impresiones



ZOOLOGÍCO
Los opuestos
y otras curiosidades



QUIERO GANAR ESTE CONCURSO
Los números
y otras artes



HISTORIA PARA LEER DESPUÉS DE JUGAR TODO EL DÍA
Las formas y otras cosas de todos los días

LO NUEVO SIEMPRE EN

PARAGUAY 2351 - P.B. (1121)
Cap. Fed., Tel.: 961-4036
y líneas rotativas Fax: 961-0089

a-z editora

Las mujeres del agua (Mataco)

Durante mucho tiempo los hombres vivieron solos. Ellos no conocían la existencia de las mujeres.

Pero las mujeres sí existían. Eran las mujeres del agua.

Cuando los hombres salían a cazar dejaban comida en sus chozas, pero cuando volvían la comida ya no estaba.

—¿Quién nos roba la comida?—se preguntaban.

—¿Quién viene siempre a robar aquí?—decían una y otra vez.

Nadie sabía que eran las mujeres del agua las que robaban la comida.

Entonces decidieron dejar a la lagartija para que cuidara.

Pero esa lagartija era muda.

Muchos criticaron que dejaran a un mudo para el cuidado, pero así se hizo.

—Mudo, a vos te toca quedarte a cuidar nuestra comida—le dijeron—. Si alguien viene a robarla vas corriendo a avisarnos.

Los hombres se fueron, y cuando ya habían cazado mucho llegó la lagartija a avisarles.

La lagartija había visto salir a las mujeres de la parte más profunda del río y fue a avisarles a sus compañeros.

—Aquí llega el mudo—dijo uno de los cazadores—. ¿Qué noticias traerá?

Pero el mudo lo único que podía hacer era mover la cabeza.

—Algo nos quiere contar—dijeron—, pero no sabemos qué.

—Que vaya el picaflor a averiguar—dijo otro—, es el más ligero.

El picaflor voló muy rápido y llegó velozmente a la aldea. Desde lejos vio a las mujeres del agua. Y vio que comían de una forma muy rara.

Volvió rápidamente adonde estaban los hombres y les contó lo que había visto.

Todos los hombres corrieron para agarrar a las mujeres. Corrieron una veloz carrera. Los que llegaron primero agarraron a las más lindas. Pero todos consiguieron una mujer.

Entonces los hombres asaron la caza.

—Mientras están comiendo las mujeres deben mirarlas bien—dijo el jefe.

Los hombres repartieron la comida y vieron que las mujeres tiraban entre las piernas los trozos de carne asada.

Y vieron que sus conchas tenían dientes. Así comían las mujeres del agua.

—Esta noche no se acuesten con sus mujeres—aconsejó el jefe—, porque les van a cortar el miembro. Esta noche deben dormir muy tranquilos.

La paloma no le hizo caso, y después lloró el día entero por su miembro cortado.



El nuevo libro de GRACIELA CABAL

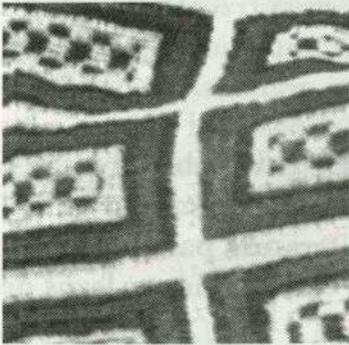
TOBY

Aparece en Noviembre

Regaleo mi abuelo.—Es para que no se te vayan en los papeles cada vez que abras la ventanilla.

San José 831-1076- Buenos Aires

Tel:382-7400



—Bueno, esta noche tenemos que bailar —dijo el jefe—. Tenemos que hacer un baile para estas mujeres.

Durante todo el día la paloma lloró por su pene perdido.

—¿Qué puedo hacer —lloraba—, quién me podría dar uno?

—Tal vez la iguana o la lagartija verde quieran darte uno de los suyos, porque tienen dos.

La iguana no quiso saber nada, por más que lo veía llorar.

La lagartija verde no tuvo problemas y le dio uno de sus penes.

Esa noche los hombres bailaron para las mujeres.

Toda la noche bailaron.

Ellos sabían que si bailaban toda la noche se les caerían los dientes de la vagina a las mujeres.

Y así fue. Los hombres bailaron hasta el amanecer y todos los dientes de la vagina de las mujeres cayeron esa noche.

Desde entonces los hombres y las mujeres pueden juntarse y así lo siguen haciendo.

ALFAGUARA INFANTIL-JUVENIL

CRECE DÍA A DÍA

MÁS TÍTULOS - NUEVOS AUTORES
NACIONALES Y EXTRANJEROS
LOS ESPECIALES - MÁS CLÁSICOS

NOVEDADES 2º SEMESTRE 1997

AUTORES NACIONALES

¿CUÁNTAS CUADRAS FALTAN?
Gabriela Keselman

UN CUENTO Y DOS MÁS
Sandra Filippi

MIRAR Y VER
Sergio Kern

**BARBAPEDRO
Y OTRAS PERSONAS**
Graciela Cabal

**LA VENGANZA DEL MUERTO
Y OTROS CUENTOS
CON ASTUCIAS**
Fernando Sorrentino

RAROS PEINADOS
Carlos Rodríguez Gesualdi

**A VECES LA SOMBRA.
HISTORIA DE UN
MONSTRUO SOLITARIO**
Esteban Valentino

CARTAS PARA JULIA
María Inés Falconi

EL LIBRO DEL SILENCIO
Olga Monkman

AUTORES EXTRANJEROS

**LAS AVENTURAS DEL SAPO
RUPERTO**
Roy Berocay

RUPERTO DETECTIVE
Roy Berocay

**EL PEQUEÑO VAMPIRO Y
EL GRAN AMOR**
Angela Sommer - Bodenburg

JAMES Y EL MELOCOTÓN GIGANTE
Roald Dahl

**ANTOLOGÍA DE CUENTOS
DE CIENCIA FICCIÓN**

**ANTOLOGÍA DE CUENTOS
DE TERROR**



Santillana

Beazley 3860 (1437) Buenos Aires
Tel.: 912-7220 (líneas rotativas) Fax 912-7440

Los caminos del cuento popular

Alimentados en la tradición oral, los antiguos cuentos populares fueron para todos, chicos y grandes. Cuentos que resistieron el paso del tiempo y las traducciones. De envidiable libertad y probada eficacia. Parte de su rico caudal se vierte en la literatura para los niños, anudando con ella firmes lazos de parentesco.

por Ana María Shua

A veces se confunde el cuento popular con el cuento maravilloso, olvidando los cuentos de pícaros, los fantásticos, los de tontos, las leyendas que explican el estado actual del mundo o de la naturaleza, y otros menos clasificables. Todos ellos han sido capaces de sobrevivir a través de siglos y culturas para venir a fascinarnos otra vez, como siempre, en este extraño fin de siglo.

Los unifica hoy una decisión editorial: los cuentos populares, que nacieron como literatura oral y que habían sido de todos y no solamente de los chicos, encuentran dos caminos para llegar a la letra impresa: los libros de investigación, para especialistas en folklore, y las colecciones infantiles. Sobreviven también, aunque transformados, en el cuento fantástico y de ciencia ficción; allí continúan aportando su imperecedero núcleo narrativo en historias que todavía interesan a los adultos, aunque son también el campo preferido de las primeras lecturas adolescentes.

¿Cómo y por qué mantienen su vigencia a través de tantos siglos, pueblos y culturas? La explicación psicoanalítica no es suficiente, ni la que proviene de las ciencias sociales, esa hipótesis de que el cuento popular responde a ciertas características de una vaga entidad que se suele llamar "el espíritu humano".

Los escritores, como los buenos lectores, sabemos que un cuento puede contener todos esos rasgos, y sin embargo no perdura si no es bueno. El de la calidad narrativa es el más indefinible de los misterios de la literatura. Los cuentos populares son buenos cuentos. Han atravesado dos filtros: el del tiempo y el de la traducción. Contienen en sí la esencia misma de la narratividad.

Esa "esencia de lo narrativo" es para mí el núcleo que sobrevive a toda traducción, ese resto indefinible que mantiene su existencia no sólo en el pasaje de un idioma a otro sino en esa transformación que conduce a la imagen y permite "contar" el cuento en historietas o en el cine.

Cuenta Alfonso Reyes que los informantes africanos de Frobenius, el compilador del *Decamerón Negro*, se enojaban cuando él repetía sus historias por el sentido desechando las palabras, que ellos consideraban esenciales, como si cada cuento fuera a la vez un poema. Las dos cosas son

ciertas: hay un núcleo argumental traducible pero también hay ritmos y palabras que es necesario respetar. Como la irremplazable progresión del terror en las preguntas de *Caperucita al lobo disfrazado de abuela*.

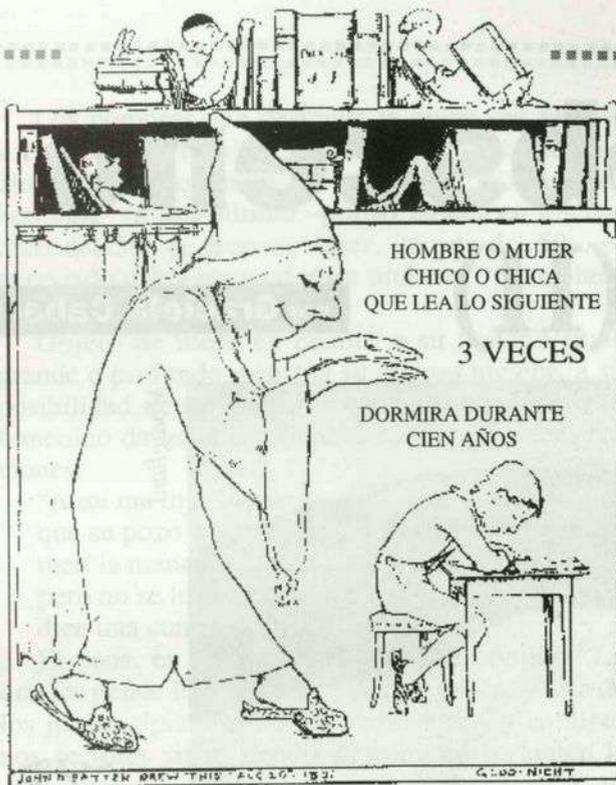
Por esa esencia vital que quisiera robarles me interesan los cuentos populares. Y también, en estos tiempos de pérdida de la inocencia y autocensura, por su magnífica libertad.

Por contraste, todo tipo de censura amenaza al cuento infantil de autor. Hasta los trabajos cuya intención objetiva consiste en establecer qué características definen al género, terminan por convertirse en una tajante preceptiva. El peligro, siempre, en el caso del cuento infantil, es que el "esto es" se transforma en un "esto debe ser". Esa instancia resulta siempre cercana cuando se trata de las lecturas para la infancia, porque a todos nos preocupa la necesidad de formar una humanidad mejor que la que hemos conocido y es casi imposible sustraerse a la ilusión de que podríamos lograrlo a través de la literatura. Así, las múltiples potencialidades de la realidad, resultan tronchadas y mutiladas de acuerdo con las exigencias culturales y didácticas de cada época.

Esas condiciones operan siempre y es necesario estar atento para darse cuenta cuándo cambian: los autores tenemos que rebelarnos constantemente contra las obligaciones de una preceptiva bien intencionada. La exigencia que nos obligó a desechar durante años en nuestra propia ficción las brujas y los ogros que amamos en la infancia, hoy podría haberse convertido, por ejemplo, en la exigencia no menos pesada de incluir una buena dosis de horror o de monstruos para que nuestras historias puedan encontrar su lugar en determinadas colecciones. La obligación equivale a la prohibición. Cuando es impuesto, el final desdichado puede ser tan perjudicial como el *happy end*.

Recordemos que los relatos de *Las 1001 noches* no fueron contados para entretener a un niño y para inducirlo al sueño, sino todo lo contrario, para mantener en suspenso a un hombre y alejar a la muerte. Toda una saga de recopilaciones orientales repite esta estructura general. Ahí encontramos otro de los elementos esenciales de lo narrativo: el suspenso. Si alguien es capaz de suspender una ejecución para saber qué

"El de la calidad narrativa es el más indefinible de los misterios de la literatura. Los cuentos populares son buenos cuentos."



pasó después, despertar esa curiosidad es para un escritor una cuestión de vida o muerte.

Pero, ¿qué características tenía el cuento considerado verdaderamente infantil, cuando el cuento popular era para niños y adultos por igual? Italo Calvino, en el prólogo escrito en 1956 a su recopilación de los cuentos italianos, las resume así: "Tema horroroso y truculento, detalles escatológicos o coproláticos, versos intercalados en la prosa con tendencia a la retahíla, rasgos en gran parte opuestos a los que hoy son requisitos de la literatura infantil."

El cuento popular trata con enorme comodidad temas que la pérdida de la inocencia nos hizo casi prohibidos a los autores de literatura infantil. Como el odio feroz y sin edulcorante entre hermanos, entre padres e hijos, la muerte, el dolor, la escatología.

Equivalente al sexo para los adultos, la escatología es fuente de diversión, interés y misterio para los chicos. Por alguna razón, el así llamado buen gusto ha borrado la caca y el pis de los cuentos para chicos durante años. En el prólogo a *El pájaro Belverde* Calvino confiesa con cierta pena que se ha visto obligado a expurgar muchos de los cuentos para volverlos aceptables a lo que su entorno considera apropiado para la infancia.

Últimamente las funciones fisiológicas están volviendo (como si fueran una absoluta novedad) al cuento infantil. Pero vuelven con dificultad, como el tema de la muerte. Recuperar un tema que ha estado prohibido, encerrado bajo siete sellos durante tantos años, no es sencillo. En lugar de incorporarlo en forma natural a cualquier ficción, parece que hay que convertirlo a la fuerza en el tema principal. Se comporta como aquel genio encerrado en la botella, que durante los primeros cien años de su encierro se comprometió a premiar a quien lo sacara de allí convirtiéndolo en el hombre más rico, sabio y poderoso de la tierra. Cuando pasaron 300 años el genio dijo: a quien me saque de aquí le conce-

deré tres deseos. Pero después pasaron cinco mil años y el genio afirmó: a quien me saque de aquí, lo mataré.

Y eso sucede con los temas que uno va a buscar al cajón de las cosas prohibidas. Al principio salen con tanta fuerza que matan. Matan la posibilidad de ser naturalmente convocados de acuerdo con su necesidad en la historia. Habrá que encerrar al genio otra vez y obligarlo a prometer que cumplirá nuestros deseos, para que podamos incluir con más naturalidad su presencia, siempre tan cómica y fascinante para los chicos, en nuestros cuentos.

Otras dos características que hacen a la perfección del cuento popular y su interés para los chicos: la brevedad y la repetición. Dice Calvino en *Seis propuestas para el próximo milenio* (en la que llama *Rapidez*): "La técnica de la narración oral en la tradición popular responde a criterios de funcionalidad: descuida los detalles que no sirven, pero insiste en las repeticiones, por ejemplo, cuando el cuento consiste en una serie de obstáculos que hay que superar. El placer infantil de escuchar cuentos reside también en la espera de lo que se repite: situaciones, frases, fórmulas. Así como en los poemas o en las canciones las rimas esconden el ritmo, en las narraciones en prosa hay acontecimientos que riman entre sí (...). Si en una época de mi actividad literaria me atrajeron los cuentos populares, fue por interés estilístico y estructural, por la economía, el ritmo, la lógica esencial con que son narrados."

A los niños pequeños, antes todavía de que hayan aprendido a entender los dibujos animados o el lenguaje de los animadores infantiles, lo que más los atrae de la televisión es lo primero que pueden identificar, es decir, lo que es breve y se repite: los comerciales de publicidad.

Lo que es breve y se repite: el cuento infantil, el cuento popular. Desde el *había una vez* y el *colorín colorado*, hasta las frases, los versos y las estructuras narrativas que se reiteran dentro del cuento. Este esquema de lo infantil y lo popular reaparece en los sketches de programas cómicos o comedias televisivas para adultos. Situaciones breves, que se repiten en su estructura con leves variantes de contenido y muchas veces con versos rimados. "Santa Engracia de Malasia, que suerte para la desgracia", decía Biondi, para hacernos reír.

"Y si no me tienen fe...", "No toca botón", "Poniendo estaba la gansa" decía el Negro Olmedo, que de lo popular algo sabía. Es el placer de lo previsible, de lo que se conoce y se espera, lo que provoca la risa; al contrario de la sorpresa que remata un chiste.

Cuentos nacidos para la oralidad, cuentos que exigen y aman la voz de los lectores, cuentos infantiles, cuentos populares, bienvenidos sean.

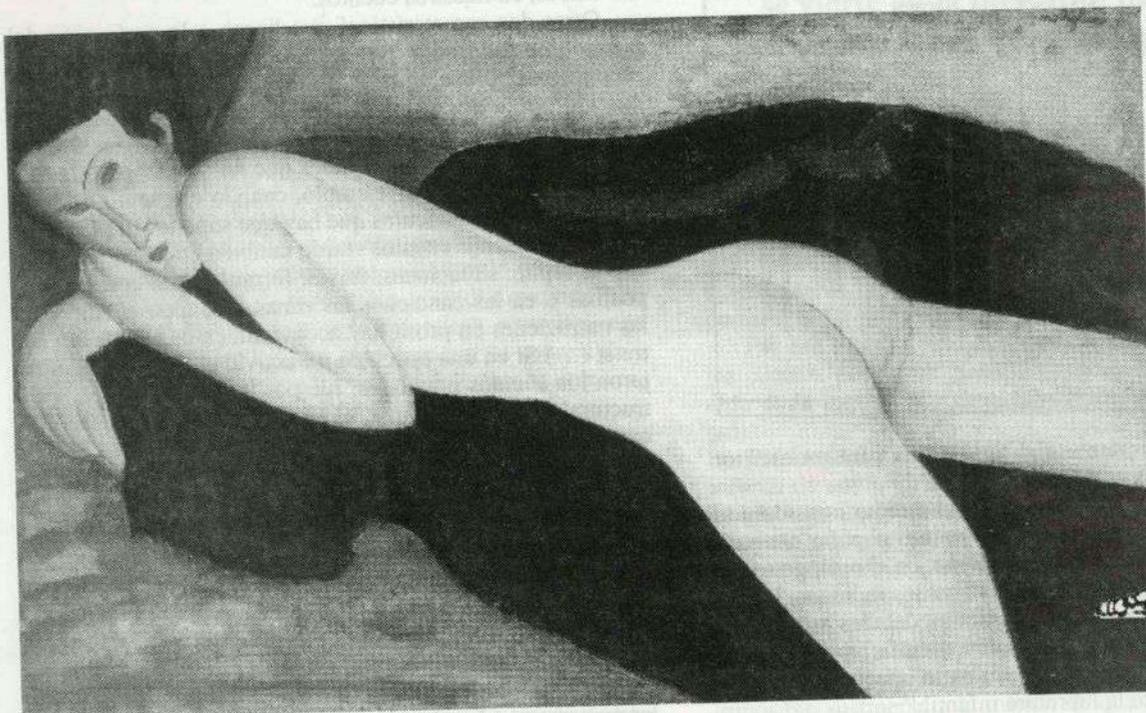
(Extracto de una conferencia dictada en 1995 en la Universidad de San Luis).

Ana María Shua

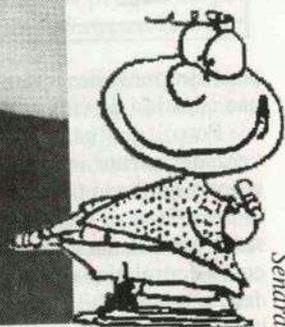
es autora de reconocidos libros para adultos como *La sueñera*, *Soy paciente* y *La muerte como efecto secundario*. Sus libros para chicos más recientes son *La fábrica del terror* y *Any salva a la perra Laika*. Ha trabajado en el campo de la publicidad, del guión cinematográfico y del rescate de cuentos tradicionales de diversas culturas.

El folkllore obsceno de los niños (II)

por Graciela Cabal



Modigliani



Sendra

El folkllore infantil relacionado con lo sexual es de tal abundancia y variedad que no puede agotarse en una entrega: apenas intentaré dar aquí algunas pocas muestras. Primera observación referida a los órganos sexuales: muy raramente son designados por su nombre real. Y eso no sólo en cuentos, chistes o juegos de chicos, lo que sería de esperar, sino en el uso cotidiano que de esos términos hacen los adultos. Con variantes de época, ámbitos y tradiciones familiares, el pene o falo recibirá, además de las conocidas denominaciones de pito y pija, las más sofisticadas e imaginativas de pitín, pistulín, pichulín, pistolita, pajarito, picha, pindonga, banana, poronga, porolita, ñoqui, pirulo, pinchila, chifle, batata, periquito, zanahoria, sapo, Juan. Los testículos: huevos, bolas, pelotas, cojones, coquitos, ki-

notos, ciruelas, limones. La vulva: concha, chocha, cachucha, colita de adelante, Porota, polola, Anita, papu, cotorra, cucarachita, cuca, cuchufleta, mariposa, margarita... Aunque el nombre abarcador y, digamos, unisex, que —créase o no— parece ser el más usado todavía en las consultas pediátricas por madres atribuladas es el de “ahí abajo”, zona indefinida del cuerpo humano que empieza un poco después del ombligo y termina bastante antes de las rodillas.

“Como ésta (la vida sexual) constituye el motor de las más dispares acciones del hombre, y está presente sin cesar como energía que exige salida, la encuentra por los más tortuosos caminos”.

(Aldo Pellegrini)

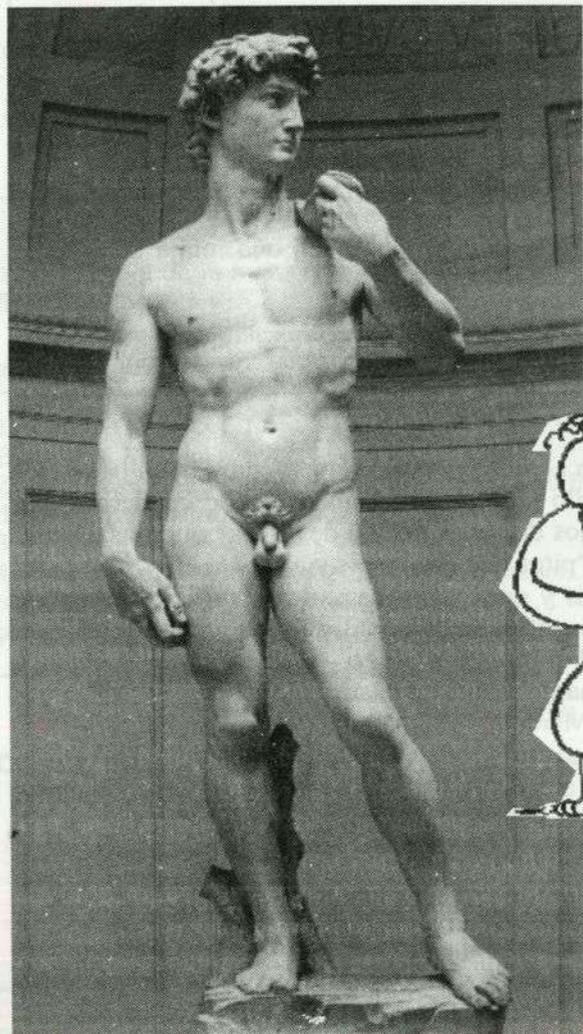
Otra observación, referida al uso de estas palabras en boca de los chicos, es que el pene resulta mucho más prestigioso que la vulva, lo que podría relacionarse con lo señalado por Claude Gaignebet: el “héroe” de los cuentos obscenos siempre es un varón, y esto no tiene que ver con el sexo del informante.

Los nombres que designan la vulva son usados sobre todo en insultos: "Concha 'e tu madre", se dice, con sus derivados "tu madrina", "la lora", "tu hermana" (a este último —por lo menos en los barrios del Sur de Buenos Aires, década del 50—, el agraviado debía responder sin titubeos: "Como hermana no tengo...").

Objeto de mofa en cuanto a su tamaño (más grande o profundo, peor), a su dudosa higiene, a su posibilidad de ser penetrado por "bichos", el sexo femenino da lugar a infinidad de jocosas versificaciones:

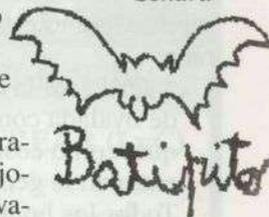
"A mí me dijo Merced
que su pozo era muy hondo:
metí la mano hasta el fondo
pero no se lo encontré",²
dice una cuarteta cubana.

El pene, en cambio, es motivo de orgullo: "Lo que les pende los defiende", dice el refrán, y uno de los juegos típicos entre los varones era, y en algunos sectores sigue siendo, el comprobar "quién la



tiene más larga". (Así es cómo Matías, el de Sendra, se dedica a organizar catálogos y concursos de pitos).

Sendra



En cuanto a los testículos, el tratamiento es más complejo. Ser cojuno, por ejemplo, es ser osado, valiente, macho, "tener los huevos bien puestos". Y "poner huevos" equivale a incitar a la acción, a la lucha ("Ponga huevos, ponga huevos...") ¿Por qué entonces ser huevón o boludo, es ser un infeliz, un pobre desgraciado? ¿Dependerá acaso de que los huevones tienen los huevos al divino botón, como de adorno?

En el folklore infantil, uno de los temas comunes es el de la castración. Los chistes de Jaimito (el Cafougnette francés) suelen aludir al pito que, introducido en un agujero, es confundido con una salchicha, chorizo o morcilla y cortado para comer.

Algunas versiones muestran a Jaimito trepado al techo de un medio de transporte, y con su pito usado de pasamano por una señora desprevenida. En todos los casos, lo que vale es la risa provocada, y poco importa la verosimilitud de la situación (¿qué diablos hace Jaimito subido a los techos y metiendo su pito en cuanto agujero se le cruza?), no hay signos de angustia ni de dolor por la castración, y queda la idea de que la pérdida es momentánea y el pito va a volver a crecer.

En ciertos ejemplos, el que corta y se come el pene es un animal, como en la siguiente rima normanda de la década del 40³:

"En allant dans mon jardin,
je rencontre un gros lapin.
Je le mets dans mon chapeau
il me dit qu'il a trop chaud.
Je le mets dans mon gilet,
il me dit qu'il a trop frais.
Je le mets dans ma culotte,
il me ronge la carotte."

(Yendo por mi jardín, encuentro un gran conejo. Lo meto en mi sombrero, me dice que tiene mucho calor. Lo meto en mi chaleco, me dice que tiene mucho frío. Lo meto en mi calzón, me come la zanahoria).

El conejo, así como el gato u otro animal peludo suele representar el sexo femenino. Y se corresponde con la vagina dentada, motivo usual en diversas culturas.

Muy populares son los juegos de palabras del estilo de **lápiz japonés** y **Benito Cámela** (nombre éste que acostumbran recibir los esqueletos utilizados en las escuelas) y las adivinanzas con doble

sentido, como ésta, de indudable ascendencia culte-rana:

“¿Qué será la quisicosa
de ovalada construcción,
que, como cosa preciosa,
entra en la generación?
Todos los hombres la tienen,
pero las mujeres, no;
los toros y los obispos
de esas cosas tienen dos.”
(La letra O)

Protagonistas de muchos ejemplos del folklore obsceno infantil son viejos y viejas (en ocasiones, curas y monjas). Carmén Otero (75), mamá de Carlos Trillo, nos deja la siguiente:

“Un viejo y una vieja
fueron a plantar melones:
mientras la vieja se agacha,
el viejo, que se la pone.”
Algunas variantes del tradicional motivo:
“Una vieja y un viejo,
fueron a comer sardinas:
se pasaron todo el día
sacando del culo espinas.”
“Una vieja y un viejo
se metieron en un pozo
y la viejita decía:
¡ay, qué viejo tan sabroso!”

Sin cambios notables, el tema de la vieja y el viejo ha atravesado varias generaciones, así como el popularísimo “teto”, mencionado por Daniel Pla (57), Silvia Schujer (40), Christian Ríos (22) y Alvaro P. (12).

“-¿Jugamos al teto?
-¿Y qué es el teto?
-Que vos te agachás y yo te la meto”.
Con su derivación: la piragua.
“-¿Y qué es la piragua?
-Lo mismo que el teto
pero en el agua.”

Juego antiguo, el teto, aunque no tanto como el del doctor, que hoy ya no se juega a escondidas, en los desvanes, sino bajo la mirada benévola de algún adulto y el complemento de valijitas provistas de jeringuillas y elementos ad hoc.

Capítulo aparte merecerían las fantasías en torno a los genitales, la cópula, la gestación, el parto y temas afines.

Ana María Troiani (45) da cuenta de la creencia, común en su infancia, de que los bebés se formaban cuando el papá orinaba adentro de la mamá. Otra, que los chicos nacían por el ano, o, en casas más progresistas, a través de una incisión practica-

Según Freud, la situación edípica finaliza con la represión de los impulsos sexuales, que permanecerán latentes hasta la pubertad. La curiosidad intelectual en los niños de edad escolar representaría entonces un encauzamiento de las energías sexuales reprimidas.

Estudios posteriores han modificado esta noción freudiana de latencia, considerándose que el interés sexual no está apagado durante el período latente. Lo que se reprimiría es el aspecto edípico de la sexualidad.

“Los niños, a pesar de cualquier teoría, están deseosos de adquirir información prohibida de sus amigos y pasarlas a los otros. Cuando la pandilla no mira -o, raramente, bajo su amparo- varones y niñas se encuentran y comparan sus anatomías y aun efectúan torpes y mayormente inefectivos experimentos sexuales.

Durante los años intermedios, existe un continuo tráfico de cuentos verdes entre niños, que pueden ser pobremente entendidos pero que provocan con seguridad risas reprimidas. Los niños, de igual manera, ríen conjuntamente sobre el diccionario, en el que buscan palabras que se refieren a cuestiones sexuales y excretorias, o sobre la Biblia, en la cual buscan referencias sobre fornicación. El hijo de médico tiene garantizado un período de popularidad al permitir a sus amigos la consulta de las láminas de los textos médicos. Deberá también recordarse que muchas bromas y forcejeos que se producen entre varones y niñas son una forma de burdo juego amoroso”.

(L. Joseph Stone y Joseph Church, *Niñez y adolescencia. Psicología de la persona que crece*, Horné, 1967)

da en el vientre, estilo Caperucita. Por su parte Nora Hilb (43) asegura haber llenado cuadernos con dibujos de nenas debajo de cuyas polleritas asomaban “pitos que hacían pis y caca.”

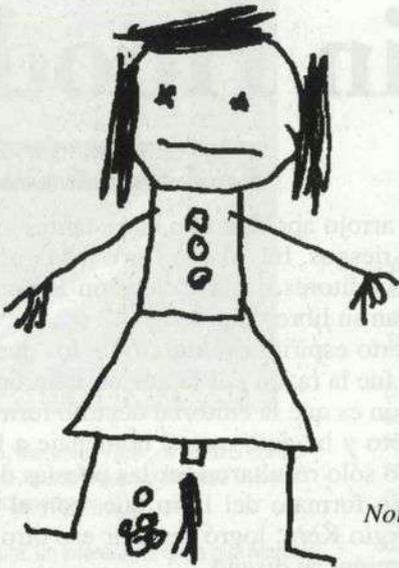
Pis y caca y pitos y culos y orificios varios de dudoso uso, en una confusión que queda registrada en el siguiente diálogo -actual- entre Marcela y Leonardo (salita de cuatro).

“Marcela: -Hablemos de cosas del baño...”

Leonardo: -Cosas del baño, sí, el pis y la caca.

Marcela: -Sí, el pito y el culo y eso. Poner las cositas adentro. Hablemos.”

Tiempo pasó desde que la que esto escribe (57) creyó que fornicar era robar azúcar de la azucarera o envidiar las pinturitas de su compañera de banco. La que creyó que la célebre y desconcertante pareja del elefante y la hormiga era un claro ejemplo de lo



Nora Hilb

que puede el esfuerzo mancomunado y la perseverancia, por eso de:

“Con paciencia y con saliva
el elefante se la dio a la hormiga...”

Pero acabemos. Y ya que andamos entre elefantes, hagámoslo con esta cuarteta aportada desinteresadamente por Ema Wolf y sus hijos:

“Cuarenta caballeros de Levante
quisieron fornicar un elefante.

Enterado el paquidermo del desquicio,
tapóse con la trompa el orificio...”

Aunque también podríamos terminar, y por qué no, a manera de homenaje, con este lindísimo **graffiti**:

“Yo sí que he visto conchas...” Jacques Cousteau

1. Claude Gaignebet, *El folklore obsceno de los niños*, Barcelona, Alta Fulla, 1986
2. *Romances, coplas y canciones*, selección Daniel Freidemberg, Buenos Aires, CEAL, 1981.
3. C. Gaignebet, *op. cit.*
4. Claudia Kozak, Floyd Istvan, Gustavo Bombini, *Las paredes limpias no dicen nada*, Buenos Aires, Libros para nada, 1990

“La obscenidad es un elemento constante en la vida social humana y corresponde a una profunda necesidad del espíritu”.

(Havelock Ellis,
citado por Henry Miller)

COLIHUE 97

Novedades

LITERATURA JUVENIL

Colección Literaria LEER Y CREAR (LyC)

Dirigida por **Herminia Petruzzi**

- ☆ **HOJAS DE LA NOCHE**, Eduardo Muslip (1^{er} Premio Concurso de Novela Juvenil 1995)
- ☆ **CRUZAR LA NOCHE**, Alicia Barberis (2^{do} Premio Concurso de Novela Juvenil 1995)
- ☆ **LA METAMORFOSIS**, Franz Kafka. (Trad.: Osvaldo y Esteban Bayer)
- ☆ **CRIADOR DE PALOMAS**, Mario Goloboff
- ☆ **PRETEXTOS PARA UN CRIMEN**, Alma Maritano

Colección LA MOVIDA

Dirigida por **Pablo De Santis**

- ☆ **UN PROFESOR COBARDE**, Gonzalo Carranza
- ☆ **COSTUMBRES DE LOS MUERTOS**, Fernando Sorrentino
- ☆ **EL SECRETO DE MARLENE ROCHOELL**, Betina Keizman
- ☆ **PÁGINAS MEZCLADAS**, Pablo De Santis

Colección LOS LIBROS DE BORIS

- ☆ **ALICIA EN EL PAÍS DE LAS MARAVILLAS**, Lewis Carroll (Trad.: Graciela Montes)
- ☆ **LAS AVENTURAS DE HUCKLEBERRY FINN**, Mark Twain (Trad.: Graciela Montes)

Serie OESTERHELD

Dirigida por **Juan Sasturain**

- ☆ **ERNIE PIKE**. La Guerra en Europa
- ☆ **PARAÍSO** y otros relatos

Colección VARIACIONES EN ROJO

Novela policial

Dirigida por **Jorge Lafforgue** y **Jorge B. Rivera**

- ☆ **CUATRO MANOS**, Paco I. Taibo II
- ☆ **SOMBRA DE LA SOMBRA**, Paco I. Taibo II
- ☆ **EL CABEZA**, Juan Carlos Martelli

Colección LA LÍNEA DE SOMBRA

Dirigida por **Adolfo Colombres**

- ☆ **NAUFRAGIO EN LAS COSTAS PATAGÓNICAS**, John Byron
- ☆ **LA RESACA**, Robert Louis Stevenson
- ☆ **EL CONTINENTE MISTERIOSO**, Henry Stanley
- ☆ **EL CORAZÓN DE LAS TINIEBLAS**, Joseph Conrad

EDICIONES COLIHUE

Un paso adelante en literatura infantil y juvenil

Av. Díaz Vélez 5125 (1405) Buenos Aires

Tel.: 958-4442 / Fax directo: 958-5673

Ecos de la "Robin Hood"

por **Silvia Schujer**



De Robinson Crusoe a Moby Dick, de Sandokán a Colmillo Blanco, la Colección Robin Hood fue un rito iniciático de lectura que atravesó varias generaciones.

Para los que crecieron con esas páginas, el gusto por lo literario parece haber nacido fuertemente impregnado por la aventura.

Entre aquellas reconocibles tapas amarillas con dibujos del "Indio" Pereyra, muchos se estrenaron en el placer por la ficción, en la riqueza de esos mundos imaginarios.

Un poeta nacido en Ayacucho, Miguel Gaya, se propuso registrar las resonancias de esas lecturas que aún hoy persisten en su memoria y el resultado fue un libro de poesías al que llamó Colección Robin Hood.

*"Qué habrá sido
del ataúd tatuado
boyando*

en el inmenso mar..."

dicen los primeros versos con los que Gaya evoca a Moby Dick. Y concluye:

*"¿Qué del saludo
de la mano del capitán
invitándome?"*

*Años de letras
de literatura
para espantar de los ojos
la blanca espuma
de la ballena acechante."*

El libro de Miguel Gaya no es una recreación de la infancia ni una mirada del asombro infantil.

Tampoco es un intento de revivir las sensaciones que alguna vez podrían haberle provocado esas novelas.

Se trata, según palabras del autor, de un "yo adulto que habla de las cosas que lo preocupan hoy y que, para ilustrarlas, busca en la cantera de los recuerdos que le dejaron esos libros".

Como ecos de ecos de ecos...

Miguel Gaya
nació en Ayacucho, Pcia. de Buenos Aires, en 1953. Es abogado y poeta. Publicó *La vida secreta de los escarabajos en la playa* y *Levanta contra el viento la cabeza oscura*.

Acaso el arrojo aprehendido entre tantas historias con viajes y riesgos, fue lo que llevó a Miguel Gaya a pedir a los editores de la Colección Robin Hood que publicaran su libro de poesías.

Acaso cierto espíritu aventurero de los dueños de ACME S.A. fue la razón por la que accedieron.

La cuestión es que la editorial decidió formar parte del proyecto y he aquí que el homenaje a la "Robin Hood" no sólo resultaron ser las poesías de Gaya sino el propio formato del libro que, con el certero aporte de Sergio Kern, logró rescatar ese otro aspecto de la colección: su diseño.

Definitivamente –y como lo expresa el último de los textos del libro–, un bello y sutil homenaje a los lectores:

*Quisiera detenerme en este punto
después de tantas aventuras*

y tantos vuelos:

*Yo soy Michael
El más pequeño
de los amigos de
Nunca Jamás
No fui el preferido de
Peter*

ni de nadie

*Ni siquiera pueden
distinguirme*

por la vistosa galera

de mi hermano

Estuve es cierto

en todas las batallas

Ayudé a construir la

casa de los árboles

Nadé en el estanque de las sirenas

Pero siempre en las sombras

Modesto

Olvidable

Ni el más valiente

ni el más listo o hermoso

*Sólo el que acompañó a los héroes
los miró*

Los inventó con la mirada

Al fin

el único

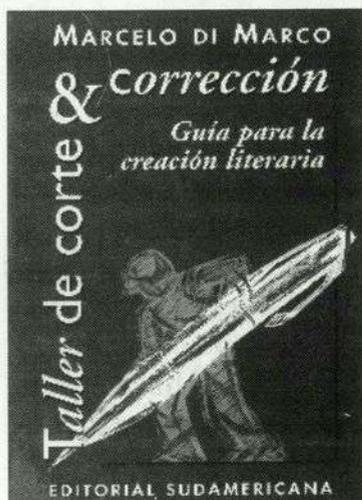
que cuenta

Mi palabra

los arranca

de la nada.





Di Marco, Marcelo: *Taller de corte & corrección. Guía para la creación literaria.* Buenos Aires, Sudamericana, 1997.

La escritura: un interesante tema que Marcelo Di Marco aborda sin rodeos, con el firme propósito de materializar lo que muchos escritores sostienen y reiteran: "no se puede enseñar a escribir pero sí a corregir". La propuesta es generar formas de trabajo con la palabra, para desterrar inconvenientes en la expresión escrita. Dice por ejemplo que escribir "es una de las actividades más difíciles, fascinantes y perturbadoras que hayamos podido inventar". Y nos brinda su experiencia en la coordinación de talleres donde la lectura es un paso placentero y obligatorio.

El tono del texto es ameno e instala un dilema que, por un lado, privilegia la sencillez y, por otro prioriza la corrección. El libro está inundado de acotaciones, secretos e inteligentes consignas para afianzar la escritura y, por supuesto, como lo sugiere el título, es una verdadera "guía para la creación literaria".

Con un marcado énfasis, Di Marco promueve la lectura o relectura de los grandes clásicos, y cita, entre otros, a Cervantes, Shakespeare y Tolstoi. Luego transita por Borges, Cortázar y García Márquez sin olvidar la poesía de Paul Éluard, Jean Arp y Jacques Prévert. Además son entrevistados escritores y críticos contemporáneos que, como Abelardo Castillo, Vicente Battista y Germán Cáceres, por mencionar algunos, vienen a testimoniar su arduo trabajo en la literatura.

Con algún toque de humor y sin complacencias el autor desmitifica el culto al estilo barroco y reivindica la sencillez en el texto escrito. Logra un amplio nivel participativo del lector poniéndole a su alcance ejemplos de corrección, ejercitación y fragmentos de literatura argentina para ensayar lo aprendido.

Taller de corte y corrección es un libro dirigido a aquellos que se inician en la escritura, o para quienes deseen corregir su estilo. Para profesores, coordinadores de talleres o estudiantes la consigna es la misma: "la buena literatura" se hace con la "corrección de la escritura".

Bibliográficas

por **Sandra Comino**

Martignoni, Alicia y Adela Castronovo: *Caminos hacia el libro. Narración y lectura de cuentos.* Buenos Aires, Ediciones Colihue, 1994. Colección Nuevos Caminos.

Destinado a docentes, bibliotecarios y padres, este libro escrito por Adela Castronovo y Alicia Martignoni, recopila una laboriosa tarea, desempeñada por ambas en el Club de Narradores y la Sala Abierta de Lectura de Tandil, que como lo determinan desde el título, es un verdadero "camino hacia el libro".

En el primer capítulo las autoras dicen: "La narración y la lectura de cuentos se complementan, se nutren una a la otra, enriqueciendo el vínculo con los chicos". Demuestran que para narrar hay que aplicar una serie de pasos donde es fundamental el ensayo y la memoria. Y afirman que para leer, también hay que buscar recursos y tenerlos en cuenta a la hora de motivar a los niños.



La lectura es tomada en este libro como un proceso unido a la escritura y al lenguaje, que deberá convivir en la actualidad con la radio, la música y la televisión, donde "el adulto, permite rescatar y transmitir los registros de la escritura tanto como los de la oralidad".

Con muy interesantes alternativas sugeridas por las docentes, el texto incluye: técnicas para abordar el cuento, una excelente clasificación y selección de narraciones con "Un criterio amplio y flexible"; y una lista de historias para compartir en el aula o en el taller.

Una sabia reflexión para no olvidar: mientras existan las ganas de contar o leer, el cuento vivirá, y por lo tanto vivirá la literatura como "puente para que entre el arte en la escuela".

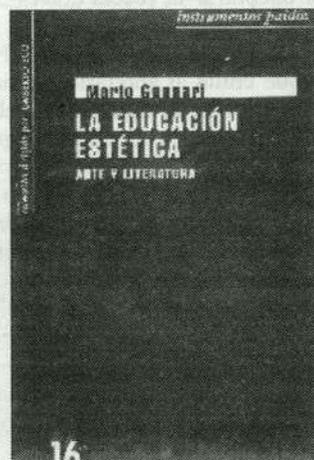
Gennari Mario: *La Educación Estética. Arte y Literatura.* Barcelona, Paidós, 1997.

L'educazione estetica es un ensayo que contiene una visión de la constitución estética del ser humano, en especial del hombre contemporáneo. Escrito por el italiano Mario Gennari, profesor de la Facultad de Magisterio de la Universidad de Génova, en 1994, nos llega editado por Paidós, con traducción de Noemí Cortés López en una colección dirigida por Umberto Eco.

En la primera parte del libro, el autor analiza el marco teórico de las ciencias humanas y de la educación, para consolidar que éstas junto a otras disciplinas como la filosofía, la historia, la geografía contribuyen en la formación integral del hombre.

En el capítulo III, la zona de mayor atención, abarca la didáctica y la escuela. Aquí Gennari nos advierte que se debe fortalecer el proyecto educativo para mejorar la calidad de la educación. Y le otorga una gran importancia a la presencia del "texto estético" en el proceso evolutivo de aprendizaje del sujeto, en todas sus etapas. Es fundamental la interacción de la escuela y los contextos extraescolares para que el pasaje del hombre físico al hombre moral, se materialice en una completa educación. Con claridad hace referencia a las "estéticas contemporáneas", menciona a Hegel y toma de los filósofos de Frankfurt la construcción de la "estética crítica capaz de comprender el arte como manifestación de la cultura e, igualmente, como instrumento de transformación social".

Por último el autor se dispone a marcar la importancia del texto narrativo como puente entre dos mundos (narrador-destinatario de la narración), actuando como mediador cultural. Desde el punto de vista semiótico (este puente) es un mensaje; desde el punto de vista pedagógico es un educador que derriba fronteras entre escritura y lectura para formar al lector.



Libros con ruidos, pelos y patas

por **Carina Kosel**

La 8° Feria del Libro Infantil de Buenos Aires reafirmó una tendencia conocida: la proliferación del libro-juego, interactivo, que ofrece más cosas que la "mera" lectura.

Año a año la Feria "Chica" crece en stands y en público. Crece en actividades vinculadas con el libro, pero también ajenas a él, como si el libro no fuera suficiente para justificar la movida. En este escenario el avance más llamativo lo han hecho, sin duda, los libros que son algo más que libros.

Entre las novedades siguen proliferando los "libros sonoros", con precios que van de \$15 a \$20 según la editorial. A un costado de la tapa o en su interior llevan una botonera con dibujos relacionados con la historia que narran. Si el tema es la granja, al apretar los botones el chico escuchará balidos, mugidos, etc. Las historias son bastante elementales. El interactivo está en provocar voces y ruidos a medida que el relato lo pide.

Un libro gracioso resultó *Pies grandes, pies pequeños*. Cada página tiene forma de pie, de diferentes tamaños y colores. La tapa ofrece una regla para que el chico mida sus pies a medida que crecen, o los de sus parientes. Los textos son versitos y reflexiones sobre el pie y su desarrollo. Al mismo tipo pertenece *Cocina sin fuego*, con indicadores de página en forma de ingredientes: basta tirar de una pestaña ilustrada con una fruta para encontrar la receta correspondiente.

Aun más cerca del juguete está el libro con un muñeco de goma que chilla al apretarlo. O, bajo la consigna "para leer y abrazar", con un muñeco de peluche adosado a la tapa. Los libros están troquelados siguiendo la silueta del muñeco, de manera que el conjunto puede ser considerado como un muñeco pegado a un libro o un libro pegado a un muñeco, según el uso que se quiera privilegiar. En esta variante de libros con personajes corpóreos las madres mostraban abierta predilección por uno con una gallina de la que, al final de la historia, salía un pollito. No era el favorito de los chicos, pero sí el más vendido del stand: las mamás, al fin, son las que pagan.

Otra variante son los libros con *stickers* que, en algún

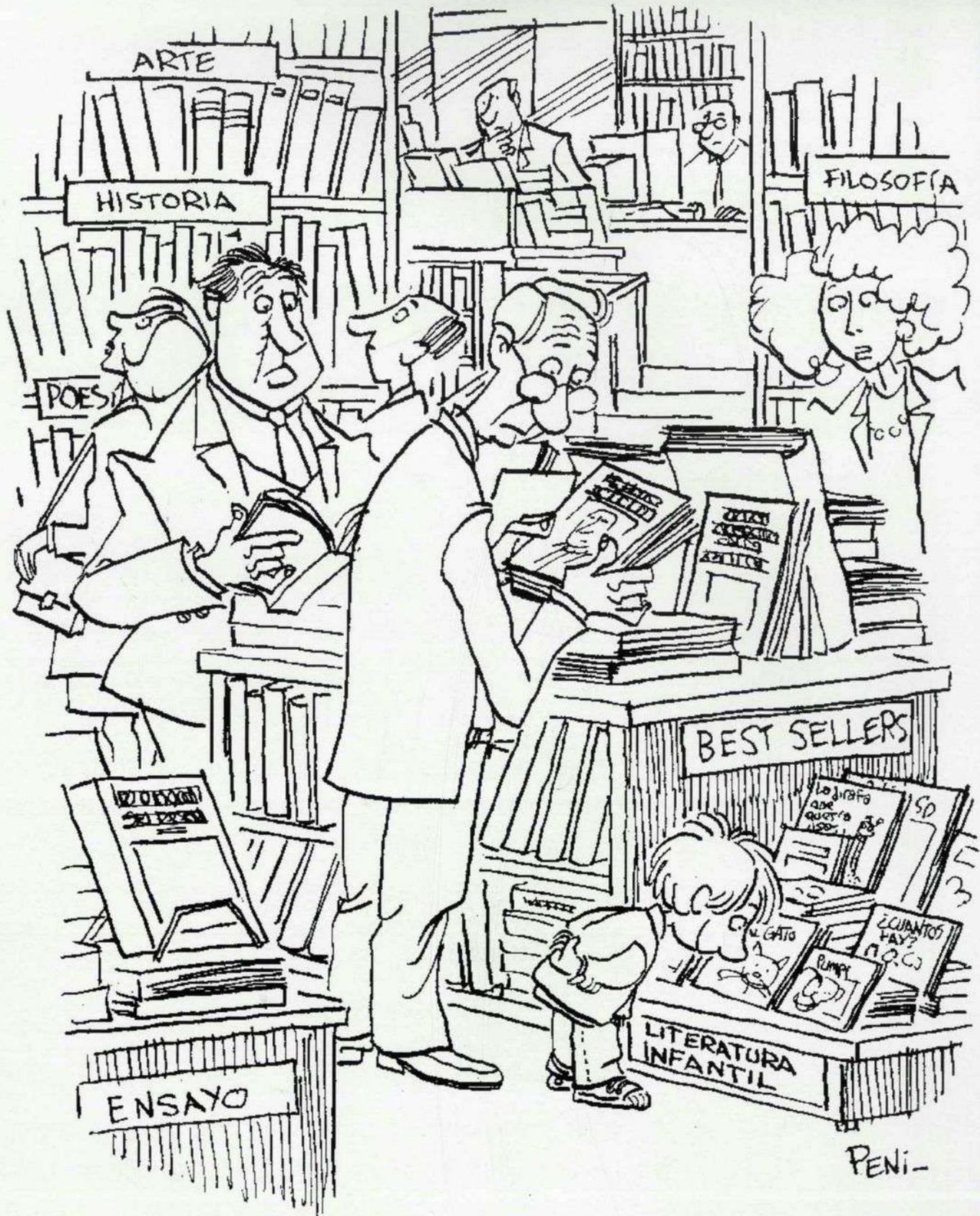
stand, se vendían incluso más que los sonoros a pesar de tener el mismo precio. Un producto intermedio entre el libro y el álbum de figuritas, con una historia, ilustraciones y adhesivos de los personajes que el chico puede pegar en los espacios previstos o en cualquier lugar de la casa donde lo autoricen sus tolerantes padres. La consigna es "crea tu propio libro" seleccionando, recortando, pegando, inventando.

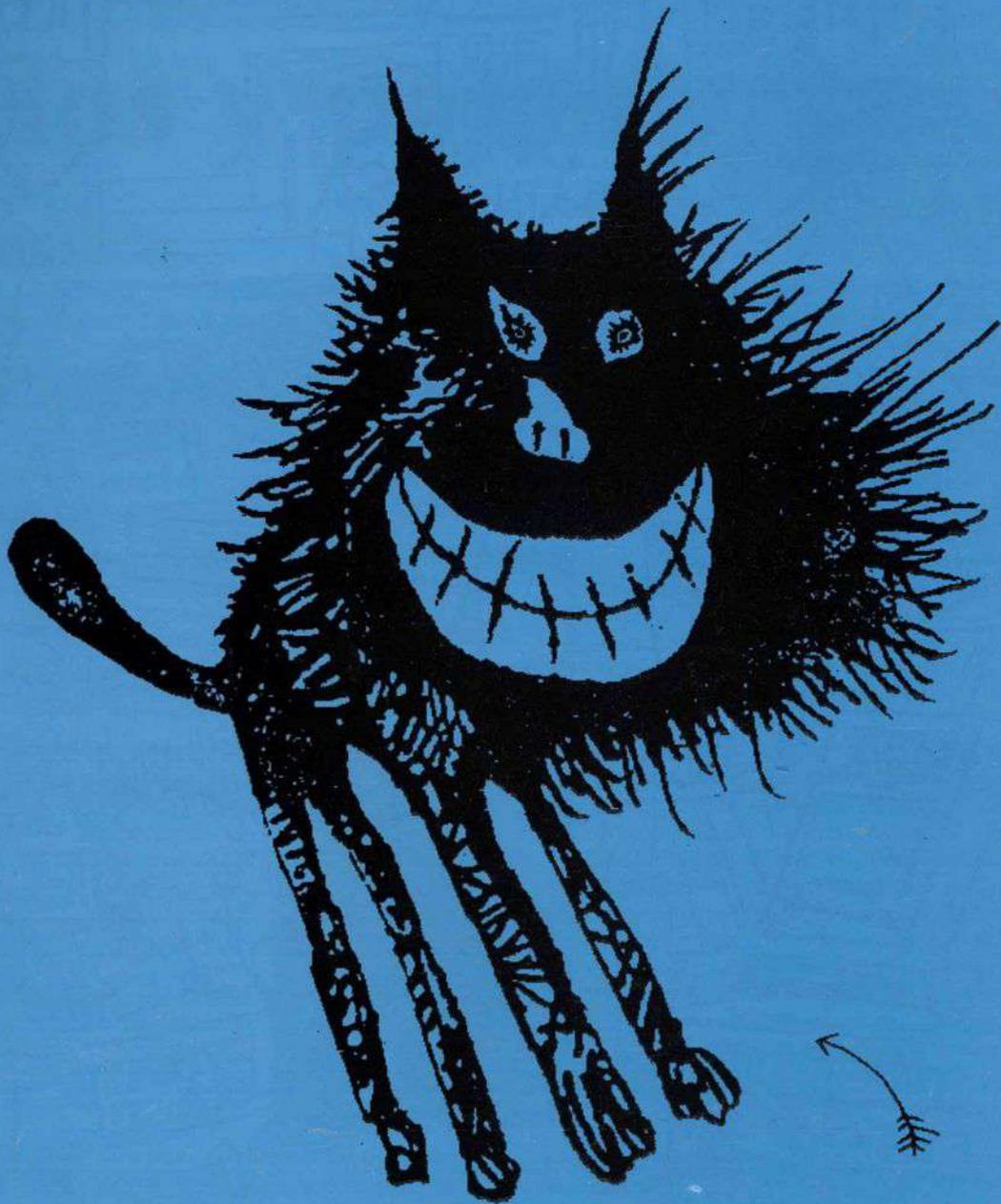
Ya entre los libros de "alta tecnología" están los que incluyen un CDROM. Por su temática se trata más bien de libros de divulgación para jóvenes o adultos, como el dedicado al mundo de la música. También hay algunos con cuentos tradicionales para niños -adaptados-, pero en su mayoría son libros didácticos sobre ciencia, animales, etc. La queja generalizada de los visitantes de la Feria fue la falta de computadoras para mostrar los CD en acción, un chiche que todavía está poco desarrollado y aún menos divulgado en nuestro medio.

La novedad más llamativa es el "libro personalizado": el protagonista es el pequeño comprador. Los papás llenan una planilla con los datos del chico, el lugar en que vive y los nombres de algunos amigos. En tres minutos, con una computadora y una impresora laser imprimen un libro donde, por ejemplo, "Matías Pérez salió hace algunas horas de González Catán para encontrarse con su amigo Batman en Ciudad Gótica. Lo acompaña su inseparable amigo Marcelo López, que vive enfrente del supermercado Jumbo". Y todo así. El chico aparece interactuando dentro de la historia. Hay ocho variantes, traducciones de historias-tipo, escritas e ilustradas en EE.UU. Siempre lo secundan en su aventura superhéroes de moda. El curioso argumento de venta es "ayudar al chico tímido o de poca autoestima a descubrirse a sí mismo trabajando de héroe". La propuesta abre un abanico de interrogantes -por ejemplo, sobre el espacio reservado a la imaginación- que merecen ser abordados con más detenimiento. Y el aporte de un psicólogo, tal vez.

La literatura, evidentemente, ocupa un lugar distinto del que ocupa el librojuego. Satisface -o crea- otras necesidades. Cabría preguntarse si este tipo de libros la relega a un costado, coexiste pacíficamente con ella, o la obliga a esperar su turno de inserción en lectores un poco más grandes.







L I M A